LAS IDEAS POLÍTICAS DE RAMIRO DE MAEZTU

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

Su vida. La generación del 98. Clasicismo, romanticismo, modernismo. La anti España. El fin de la monarquía. La nueva filosofía política. El problema del espíritu.

I

Las ideas políticas que agitaron al pueblo español levantaron al mismo tiempo al pueblo de América. Esto ocurrió en todas las épocas, desde la conquista hasta nuestros días. No ha sucedido el fenómeno opuesto. Muy pocas han sido las ideas que de América pasaron a España. La ola eterna vino siempre del otro lado del mar. En la primera mitad del siglo xx los pensadores que más se destacaron en España fueron admirados igualmente en América. Ediciones populares difundieron innumerables títulos, tanto de novelas como de libros inquietantes, de autores eminentes de España. Los escritores religiosos alternaron con los anarquistas. Jesuitas y masones compitieron en las librerías. Los lectores cultos siguieron los artículos de dos grandes nombres: José Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu. Sus constituciones mentales eran muy diferentes. El primero difundía las obras e ideas de creadores alemanes. El segundo estaba formado en un ambiente inglés e hispanoamericano. Ortega era más erudito e historiador, no de archivos, sino de alta divulgación. Maeztu era más pensador en el campo de la política, de la economía y aun del arte literario. El pensamiento de Maeztu llegaba a las gentes desde diarios y revistas de España y de América. Era un periodista que se leía con gusto porque sus ideas eran claras y sus razonamientos convincentes. Piénsese que, en su vida, escribió más de dieciséis mil artículos que equivalen a más de cien tomos. No es posible seguir, con minuciosidad, su amplísimo pensamiento, desde su juventud, en que se inclinaba hacia el anarquismo o socialismo, como nos refirió José León Pagano en sus recuerdos de España. hasta su edad madura, en que se hizo un conservador de acero. Quienes buscaban los comienzos de su biografía sabían que había nacido en Vitoria, capital de la provincia de Álava, en España, el 4 de mayo de 1874, hijo de un vasco y de una inglesa, y que tenía un hermano, llamado Gustavo, que llegó a ser un destacado pintor, y una hermana, María, que fue la primera mujer, en España, que cursó una carrera universitaria, pues alcanzó el título de doctora en letras. María de Maeztu fue muy conocida en Buenos Aires, donde vivió largo tiempo. A veces comentábamos con ella que su nombre estaba al lado del de la doctora Gierson, la primera médica argentina, y de la doctora Ernestina Pérez, chilena, que fue la primera cirujana del mundo, juzgada un genio por Lombroso, y de otra querida amiga, Amanda Labarca Hubertson, la primera profesora universitaria en América. María de Maeztu era muy distinta a sus hermanos. Más alegre y afectuosa. Ramiro, a quien conocimos cuando fue embajador en Buenos Aires, tenía otro carácter, más concentrado. Su biografía era más íntima que pública. Cuando su familia de rica se convirtió en pobre, por negocios desafortunados, primero fue a París, con la esperanza de triunfar en el comercio, y luego pensó en Cuba, donde su padre tenía un ingenio. La isla era española y en ella vivió desde el 1891 hasta el 1894. Volvió a Vitoria, llamado por su madre. En Cuba había hecho de todo, hasta albañil y pintor de paredes. En Bilbao, donde su madre fundó un colegio de enseñanza de la lengua inglesa, empezó a escribir como periodista. El hombre había encontrado su camino y su destino. En 1897 estaba en Madrid. Había, allí, otros jóvenes escritores: Azorín y Pío Baroja. Los llamaban "Los tres", pero no podían ser más diferentes. Muchos años más tarde los conocimos a todos y podemos afirmar que sus mundos eran opuestos. Además, no se apreciaban. Sin saberlo, estaban dando vida a lo que se llamó la generación del 98.

Este año, como es sabido, fue el año en que España perdió Cuba y las Filipinas. Año fatídico en la historia española que hizo reflexionar a todos los españoles, desde el último campesino hasta el más encumbrado de los intelectuales. Había que reaccionar contra tanto desastre, y la reacción se hizo sentir en los cafés, con charlas y discursos que se llevaba el viento, y en los diarios y libros. Fue un florecer de las letras v de los estudios históricos v literarios. España estaba en el ayer, más glorioso que el de ninguna otra nación en el mundo, y en el futuro, con sus talentos, que sólo debían desarrollarse. En España habían muerto figuras ilustres o vivían decaídas; pero a su lado se hacían oír viejos poetas como Campoamor y Núñez de Arce; dramaturgos como Benavente, Joaquín Dicente y Eduardo Marquina; novelistas como Pérez Galdós, Juan Valera v Valle Inclán: críticos como Manuel Bueno v Luis Ruiz Contreras: ensavistas como Unamuno: historiadores como Menéndez y Pelayo y, sobre todo, los poetas jóvenes, como los Machado, Francisco Villaespesa y otros. Entre ellos existía una lucha de los que se llamaban tradicionalistas y modernistas. Mucho se ha escrito sobre este tema en historias de la literatura. El clasicismo y el romanticismo quedaban muy atrás. Poetas y escritores de América estaban produciendo una revolución en las letras españolas. Se dijo que traían su inspiración de Francia. Lo negamos rotundamente. Los novelistas franceses de entonces, Emilio Zola, Anatole France, Alfonso Daudet, sin hablar de Honorato de Balzac, siempre leído, no tuvieron la más mínima influencia en Darío, en Jaime Freyre, que nos lo manifestó varias veces, en Lugones, Rojas y Larreta, que nos dijeron lo mismo, y en los grandes poetas de América, como Santos Chocano, Herrera y Reissig, Amado Nervo, Carlos Reyles, González Martínez, Clemente Palma, Gutiérrez Nájera, Silva, Díaz Mirón, Urbina, Larreta, Rojas, Marasso y otros. La posible influencia de Víctor Hugo en Las montañas del oro, de Lugones (1897), es de un poeta que nada tuvo que ver con los hombres del 98. En este tiempo la renovación del lenguaje no es obra exclusiva de americanos ni de españoles por separado, sino de unos v otros en armoniosa colaboración. Rubén Darío fue, indudablemente, el artista que conmovió la lengua española. Un crítico como Clarín, en 1900, todavía no lo entendía, como también dudaba de él, en otro sentido, Juan Valera. Creían que escribía en francés con palabras españolas. Nada más inexacto. Lo que hacía era alejarse de las parrafadas ciceronianas del clasicismo y de las descripciones del romanticismo. Era preciso y luminoso, como

lo fue, en España, su amigo don Ramón del Valle Inclán. Modernismo y noventa y ocho no estuvieron enfrentados. Uno fue un estilo, una sensibilidad, y el otro fue una época. Valle Inclán llegó a Buenos Aires en junio de 1910. Era el año del centenario. Lo invitaron ese espíritu clarísimo que fue Joaquín V. González, un poeta lírico que filosofaba la historia, y hombres tan dispares en sus tendencias estéticas como Osvaldo Magnasco, Carlos Ibarguren, Ángel de Estrada, Juan E. Argerich v otros. Estrada. hijo. hizo la presentación —modelo de oratoria y juicio crítico y Valle Inclán explicó su manera de escribir. Era un clásico que no imitaba a los prosistas del siglo xvi, sino el hablar popular de su tiempo. No olvidemos que dos años antes, en 1908, Enrique Larreta publicó La gloria de don Ramiro, que reveló un idioma purísimo, que no era el de los clásicos, ni el de los románticos, ni el de los modernistas, y que, al año siguiente, 1909, Lugones hizo conocer su Lunario sentimental, dedicado a la luna, obra única en su género. Sus Odas seculares, de 1910, abandonaron para siempre la tradición poética argentina. Era el modernismo que se imponía, tanto en la poesía, como en la prosa, con La guerra gaucha, por ejemplo. Un modernismo que no tenía ideas políticas definidas. Lugones empezó a tener ideas anarquistas y socialistas en 1910 y las fue perdiendo entre 1922 y 1923, en que renegó de la democracia, como gobierno de los peores, en el teatro Coliseo, en una conferencia famosa. En España, en el 98, nadie hablaba de política, fuera de Ramiro de Maeztu. Su lema era "Escuela y despensa", la frase de Joaquín Costa. Muy bien definió este tiempo el propio Maeztu en un artículo aparecido en el ABC de Madrid, el 30 de noviembre de 1934: "Los hombres del 98 volvían las espaldas a las tesis políticas para encerrarse, como Azorín v Valle Inclán, en la región del arte por el arte, o para contrastar, como Baroja, las realidades y los sueños, o para exaltar, como Unamuno, el individualismo hasta convertirlo en religión".

El 98 ha sido estudiado por los historiadores de la literatura con divagaciones más o menos acertadas, pero rara vez históricas. Maeztu fue uno de los pocos comentaristas que comprendieron la trascendencia de ese año y de ese tiempo. España perdió Cuba y Filipinas por el ansia independicista de los americanos y la ayuda de Estados Unidos. Todo el mundo creía que España mantenía esas islas por su egoísmo. Hasta los mismos españoles estaban con-

vencidos de ello. La perspectiva histórica ha permitido otra comprensión y otro juicio. Maeztu, como filósofo de la historia, nos da una explicación que hoy nos convence: "Algún día se verá que estábamos peleando entonces por la hispanidad, por la catolicidad, por la convivencia armónica de blancos, negros, malayos y mestizos, en las mismas sociedades y en los mismos territorios, y por evitar que un voraz imperialismo económico reduzca a la miseria a pueblos que parecen destinados por la naturaleza a un vivir asoleado y sin angustias. Lo que no sabíamos en 1898, y esta ignorancia fue la culpa máxima, es que nuestra hispánica hermandad no tenía otra alternativa que la rapaz tutela de un pueblo extraño, que se cree superior".

Si España no hubiese perdido Cuba, hoy Cuba no sería la amenaza comunista en el continente americano.

La generación del 98 no tuvo ideas claras, o definidas, en política. Tras esa generación surgió otra que quiso unir el idealismo de Kant con el socialismo de Marx. Esta generación, que se inspiraba en los intentos alemanes, todos fracasados, fue sustituida por otra que, en 1910, tenía ideas diferentes. Las nuevas ideas eran nacionalismos que, en España, coincidían con los provincialismos. Los viejos sueños separatistas nunca murieron. Arana Goiri los revivió en las provincias vascas. Maeztu, vasco, no era separatista. Creía que el País Vasco era parte de España, y lo dijo muchas veces. Por ello los vascos no ven con simpatía la obra de Maeztu. Su comprensión de aquel tiempo le hizo reconocer que a España había faltado, en el 98, el poder, o sea, el dinero, para no dejarse derrotar. Y es así cómo, después de ese año, los aristócratas no se avergonzaron en cuidar sus viñedos y olivares. España había dado un gran salto o, mejor dicho, había vuelto hacia atrás, a la época de Gaspar Melchor de Jovellanos y otros grandes economistas que inspiraron hasta a Mariano Moreno, el más grande economista de América en los años previos a su independencia. España dejó de ser indiferente a la economía para dedicarse a pensar en las industrias y en el comercio. Los soñadores se hicieron materialistas. Es el propio Maeztu quien nos explica que en el 98 "comenzó a asomarse el sentido de la economía". El orgullo de los antiguos hidalgos, de despreciar la riqueza, fue sustituido por el orgullo de dominar el mundo económico. El poder debía acompañar al saber, porque el saber sin poder podía, en todo momento, ser aplastado.

La generación española del 98 coincidió con un movimiento hispanoamericano totalmente antiespañol. Maeztu lo advirtió en las propias confesiones de Rubén Darío. El poeta nicaraguense, por su formación intelectual americana, era un enemigo de la historia de España. No se puede comprender el espíritu de una literatura si no se comprende, previamente, el espíritu de la historia en que nació. América tenía una historiografía, desde los años de la independencia, que calumniaba, por ignorancia y por el odio de las luchas de los liberales y absolutistas, a la Madre Patria. La levenda negra, nacida con el padre Las Casas y con el traidor Antonio Pérez, secretario de Felipe II, huido a Inglaterra, hizo a España un daño como no sufrió ninguna otra nación en la historia del mundo. Esta levenda renació, después de trescientos años, en las luchas de la independencia. La predicaron hasta los párrocos desde los púlpitos. Pasó a los primeros manuales de historias nacionales y fue fomentada por los enemigos religiosos y políticos de España en aquellos años y en los nuestros. Darío confesó en su autobiografía ese odio que sentía, en su juventud, contra España. Lo mismo ocurrió a otros grandes escritores hispanoamericanos que creían obligatorio detestar a España. A medida que las investigaciones históricas pusieron en claro el pasado hispanoamericano, esta superstición, esta ignorancia tan dañina, fue desapareciendo. Darío, Lugones y tantos otros genios de nuestra lengua, en sus juventudes antiespañoles, se hicieron, de viejos, fervorosos defensores de la hispanidad. Lo que quedó de aquellos años de oposición a España fue la incursión que todos los americanos hicieron en las culturas de otros países. No nos extrañemos si admiraban a Francia. Este país tiene muchas cosas dignas de admiración. También admiraban a D'Annunzio y a las cantantes italianas, a la filosofía alemana y a las bailarinas rusas. Era el cosmopolitismo que se imponía antes de la guerra del 1870 y, después de ella, antes de la del 1914. Pierre Loti había difundido el gusto de lo exótico, de lo lejano y, en lo posible, oriental. Los diarios esparcían cultura. Surgió un periodismo de ideas que expandían hombres de indudable talento. Entre estos periodistas de alto vuelo, como Salaverría, Zamacois, Grandmontagne, Comez Baquero, Eugenio d'Ors, Luis de Zulueta y tantos otros, no faltaban los americanos. El mártir de Cuba, José Martí, había sido periodista de inmenso talento y un modernista, en su estilo, que no siem-

pre se recuerda. Darío llenó los diarios de España y América con sus crónicas inolvidables. Enrique Gómez Carrillo, guatemalteco, fue el más encantador y exquisito. Alejandro Sux, seudónimo de Alejandro Maudet, argentino, vivía en Francia y escribía para La Prensa, de Buenos Aires, y diarios de Cuba y de México. Ramiro de Maeztu era corresponsal de diarios de España, de Inglaterra y de América. Las ideas iban y venían. Había un internacionalismo tan intenso en el intercambio de pensamientos que ya no tenían patria. Maeztu resultaba, en muchos instantes, un precursor. Todo lo que él anunció, se produjo. No era un político, pero tenía ideales políticos y los defendía con tenacidad y, en especial, con luminosidad. Se le entendía y esto lo hacía popular, en unos ambientes, y era respetado, por sus raciocinios, en otros. En el fondo de sus escritos se descubría siempre el amor a España, la admiración por la hispanidad. Tenía sus enemigos. Diarios que hacían silencio sobre sus ideas. Escritores que lo disminuían o discutían. Aunque parezca increíble, Maeztu y Ortega y Gasset un día dejaron de saludarse.

En 1905, Maeztu era corresponsal en Londres del diario La Prensa, de Buenos Aires, y de otro español. En 1910 y en 1911 era conocido por sus conferencias y artículos que trataban problemas sociales. La primera guerra mundial lo sacudió fuertemente. En plena conflagración, en 1916, se casó con una dama inglesa, Alice Mabel Mill. En Londres nació su único hijo, Juan Manuel. Fue también en Inglaterra donde concibió su libro La crisis del humanismo y donde sus ideas se hicieron más derechistas. En 1919 volvió a España. Cuando el general Primo de Rivera quiso imitar a Mussolini defendió su gobierno desde El Sol, de Madrid. Nosotros vivimos aquellos años en Madrid, en San Sebastián y otras ciudades españolas. Leíamos los artículos sensatos de Maeztu y comprendíamos que tenía razón; pero otros intelectuales querían que el rey se marchase. España no podía estar más floreciente. Precisamente por ello los cafés desbordaban de descontentos. Se hablaba en contra del rey para darse tono. Los duros -una hermosa moneda de plata de cinco pesetas- rompían, por su peso, los bolsillos de los charlatanes. Hoy son piezas numismáticas y de museo. El exceso de bienestar a veces es trágico. En 1927, Maeztu tuvo que renunciar a escribir en El Sol. Se fue a los Estados Unidos donde fue aplaudido como profesor. En 1928 y 1929 fue embajador de España en la Argentina. En 1931 Alfonso XII abandonó España y surgió la república. Maeztu empezó, entonces, a escribir en la revista Acción Española. Hizo la defensa de la hispanidad, del espíritu, de la monarquía. Su nuevo lema era: "Dios, patria y rey". La Academia de Ciencias Morales y Políticas lo nombró miembro de número en 1932. Allí habló de El arte y la moral. En 1935, la Academia de la Lengua lo eligió miembro de número v se recibió con un discurso, de erudición y hondas inquietudes, sobre La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica. En 1936, cuando Buenos Aires festejaba el cuarto centenario de su primera fundación, el general Franco abrió la guerra contra el comunismo. A los trece días, los rojos lo aprisionaron y a los tres meses lo fusilaron. Pagó con la muerte las más justas ideas políticas que tuvo España. Su mujer y su hijo se salvaron en la embajada inglesa.

Salvador de Madariaga que, con Gregorio Marañón, es uno de los hombres de más extraordinario talento de la España contemporánea, fue uno de los escritores que más reconocieron sus méritos. Como él era un hombre de amplísima sabiduría. Al mismo tiempo se destacaba por la prosa, límpida y firme, de sus artículos. España tuvo, desde los años de Larra, periodistas que asombraron a Europa. Maeztu fue de los más brillantes de la historia del periodismo español. Era, ante todo, respetado y sólo la envidia le hacía frente. Sus primeras ideas socialistas no se modificaron en su fin, que era el bien del pueblo, sino en los medios para llegar a ese bien. Es lo que ocurrió, en otro aspecto, con Mussolini y hasta con Oliveira Salazar, el dictador benéfico de Portugal. No se puede desdeñar al pueblo, porque el pueblo somos nosotros; pero hay que elegir a los mejores para gobernar al pueblo y no a los peores. Se le quiso acusar de fascista. Quienes lo hicieron empezaron por confundir fascismo con tiranía o dictadura. No es éste el momento de explicar qué fue el fascismo y quien lo quiere ignorar es seguro que no lo sabrá jamás. Maeztu no fue fascista, fue sensato, que es diferente. Veía la realidad de los hechos y no se equivocó, pues lo demostró con su propia muerte, asesinado por los rojos, cuando anunció en qué terminaría el gobierno de las multitudes. Lo mismo ocurre con el liberalismo, que unos defienden y otros combaten sin saber en qué consiste el liberalismo ni cuántos liberalismos hay en realidad en la vida política, filosófica y teológica. Rechazaba el prejuicio de razas, la exal-

tación del Estado y la falta de libertad. Defendía una monarquía que llamaba social y que los americanos denominamos constitucional. Estudió el sindicalismo, principalmente en Inglaterra. En Buenos Aires intensificó su catolicismo, que anteriormente había descuidado. Sabía muy bien que socialismo no es marxismo. Él, que tanta influencia tuvo en España y en los pueblos de América, recibió otras influencias de los nacionalistas católicos argentinos que dieron un nuevo rumbo a su espíritu. Parece extraño que este cambio no se haya operado por influencia de España. Es que Maeztu no coincidía con muchos españoles o esos españoles, como Ortega y Gasset, no coincidían con él. De los hombres del 98 terminó por apartarse. Era un francotirador. Cuando nuestro buen amigo Manuel García Morente entró en una orden religiosa rompió sus relaciones. Eugenio Montes, que tantos recuerdos dejó en Buenos Aires, atestiguó que los diarios españoles se confabularon para no mencionarlo. La generación llamada del 1936 también lo silenció. José Bergamín, que no tenía, por cierto, su talento, lo llamó energúmeno, pigmeo, demagogo, charlatán. No había hecho estudios universitarios, pero había estudiado más que cualquier licenciado en derecho y en filosofía y letras. Como Lugones, creía en la necesidad de que el ejército apoyase a la política. Sabía que las monarquías militares habían hecho la unidad de las naciones. La unidad española era un ejemplo. Sólo una restauración del sentido de autoridad podía salvar, a veces, a un país. El Estado no debía estar entregado a los oficinistas ni a los agitadores, siempre descontentos y sólo empeñados en causar desórdenes, sino a la autoridad constructiva y barata. La representación popular debía fortalecer al Estado, no debilitarlo. Temía la indiferencia, tanto política como religiosa. Quería un entusiasmo patriótico que salvase España. Lo mismo había deseado, años antes, Menéndez y Pelayo. Él tiene el mérito de haber difundido el término hispanidad. Digamos que el término, tan querido por Maeztu, fue realmente creado por nuestro amigo el sacerdote vasco Zacarías de Vizcarra, que vivió largo tiempo en Buenos Aires.

Maeztu se consideraba, en 1904, un escritor "a merced del mar y de los vientos, como boya desamarrada, y que encuentra, sin embargo, en ese juicio pesimista, una fuente de actividad y una base de orientación para hacer de la pluma un instrumento de alcance y de eficacia". Es lo que ocurre a todos los jóvenes con voluntad de triunfar.

Maeztu tenía ideas que a menudo chocaban con las de sus contemporáneos. Amaba a su provincia de Álava, pero no admitía que se la colocase por encima de España. Admiraba a Espronceda, pero aconsejaba al público que no contribuyese a la erección de un monumento al poeta que predicaba la rebeldía contra la moral v las leves. Sostenía que Joaquín Dicente, con su Juan José, no había hecho socialismo en el teatro, sino sólo retórica. No creía -esto parecía el colmo- en la generación del 98. A su juicio, no había existido porque, si hubiera existido, habría debido hablarse de las generaciones del 1891 y del 1900. "Para hablar de la generación del 98 sería necesario empezar por demostrar que los sucesos trascendentales de aquel año ejercieron sobre los hombres incluidos en la aludida generación alguna influencia decisiva. ¿Quiere decir alguien dónde está la influencia de la pérdida de las colonias sobre los señores Baroja, Valle Inclán y Azorín?" Es indiscutible que tenía razón, pero en 1920 se había empezado a hablar de la generación del 98 y la frase y el concepto habían hecho camino y nadie quería desdecirse o reconocer que había creído en algo que no había existido.

Manuel Azaña, el político nefasto de la historia de España, acusó a Maeztu de haber dicho que había de desmontar la catedral de Vitoria, piedra a piedra, y arrojarlas a la cabeza de los vitorianos. Esto era una calumnia. Maeztu, indignado, desafió a Azaña a decir dónde había escrito o dicho eso, y Azaña jamás contestó. Era el año 1935. Un año después fue asesinado. También fue acusado Maeztu de admirar a Benito Pérez Galdós, lo cual es un elogio, pero entonces se repetía porque Galdós era anticlerical. También se dijo que era tragafrailes y anarquista, lo cual no pasó de simples invenciones o mentiras. Azorín definió la generación del 98 como continuadora del movimiento ideológico de la generación anterior: de Echegaray, de Campoamor, de Galdós. Maeztu citó, para corroborarlo, otros muchos nombres, y agregó: "Los hombres del 1898 éramos hijos no sólo de influencias extranjeras, del espíritu corrosivo de Campoamor y del amor a la realidad de Galdós, sino también del orgullo nacional". "Nosotros heredamos en 1898 este ambiente espiritual de orgullo hispánico, como habíamos heredado el realismo galdosiano y la socarronería campoamorina." También había creado un inmenso vacío en el alma española.

Maeztu comprendió de esta manera el problema del 1898. El desastre, la pérdida de la guerra, habían demostrado que en España faltaban muchas cosas. No creía en la afirmación de Américo Castro, en la Universidad de Toulouse, de que los hombres del 98 habían sido románticos. Románticos los hay en todos los tiempos. El romanticismo es un gesto, una actitud, tanto física como espiritual, una manera de amar y de morir, de pensar y de soñar. Maeztu atribuía a Estados Unidos la pérdida de Filipinas y de Cuba. Tenía razón. Era lógico que no sintiera afecto hacia Estados Unidos. Es un desafecto que dura y durará por largo tiempo en el alma española. Valle Inclán no había tenido ninguna relación con la guerra de Cuba ni la intervención de los Estados Unidos. Por ello, Maeztu no creía en las imaginarias influencias del 1898 en los escritores españoles. De Valle Inclán decía que había enseñado a los españoles a escribir con mayor cuidado, casi diríamos, preciosismo. Nada más, aunque era mucho. Y de Pío Baroja, a quien respetaba, a pesar de sus divergencias, reconocía que tenía estilo, fuerza lírica, humor, compasión, pero que carecía de tradición. Ni sus personajes ni sus temas estaban emplazados en la tradición literaria. Cierto es que Baroja no era un Galdós, pero tampoco puede decirse, tan rotundamente, que Baroja no interpretó una tradición. Vivía el ambiente de su tiempo y esto, si no era una tradición, era algo que se convertiría muy pronto en tradición. Nadie negará que los personajes de Baroja eran personajes bien españoles. Siempre en el mismo tema del 98, Maeztu opinaba que la lectura de Nietzsche, entre los años 1895 y 1900, había enseñado a los españoles que si habían perdido frente a los Estados Unidos era porque carecían de fuerza. Menéndez y Pelavo, con su redescubrimiento de la ciencia española que, en la Argentina, arrancaba sarcasmos e ironías a Paul Groussac, había devuelto a los españoles el respeto de España. Menéndez y Pelayo, con sus obras monumentales, de erudición v de pensamiento y, en especial, de amor a España, había hecho surgir una fe nueva en los valores españoles. España había sido grande en el pasado, más grande que ninguna otra nación, en tierras y en espíritu, y esto lo mostraba, con su talento y su inmensa cultura, ese sabio callado, que no pronunciaba discursos, que hablaba a sus alumnos como si monologase y que, en sus libros imperecederos, les descubría con asombro infinito lo que nunca habían soñado. Pero en el 98 y en los años vecinos, Menéndez y Pelayo no fue admirado y reconocido por todos los españoles. Hasta el mismo Maeztu lo llamó "triste coleccionador de naderías muertas". Maeztu, en su edad de la razón, se arrepintió de esta frase y la repitió para despreciarla. Menéndez y Pelayo había mostrado que España tenía un espíritu y esto no lo apreciaron muchos españoles. Creían, esos hombres, que la derrota del 98 demostraba que era preciso dejarse de espíritu y de tradiciones y hacer dinero para comprar acorazados. Hasta en 1931, Manuel Azaña insistía que él y su partido tenían la pretensión de crear un pueblo nuevo y olvidarse de su pasado. Así le fue a España con la ilusión de crear un pueblo nuevo, distinto al español.

Hemos dicho que Maeztu vivió parte de su juventud en Inglaterra. Se casó con una inglesa. Fue un lector de cultura británica. Conocía su historia y conocía a sus hombres. No obstante, nunca fue un anglómano. En 1907 acusaba a Gran Bretaña de ser el país del silencio. Los hombres hablaban poco, al contrario de los españoles, que se pasaban la vida charlando. En Inglaterra las mujeres admiraban a los hombres porque vivían años a su lado sin decirles más palabras que las necesarias. Los ingleses dejaban al intercambio comercial lo que no podían o querían producir. Odiaban, unánimes, a Alemania. En Alemania sólo el emperador y el gobierno odiaban a Inglaterra. La conversación daba alas al espíritu. Los más de los ingleses, decía Maeztu, tienen el alma muerta. No decían nada porque no tenían nada que decir. Eran almas ciegas o bloques. En Londres había un solo gran café: el Roval, y fue derribado para levantar, en su lugar, un hotel. Los clubes que había en Londres eran los lugares más aburridos de la tierra. En el café Roval se habían codeado artistas geniales con charlatanes, la mujer perdida con la gran dama, el hombre de pensamientos con el ladrón. Era el año 1922. Maeztu tenía la intuición de que los cafés iban desapareciendo. Dentro de cincuenta años, decía, a los historiadores les iba a resultar difícil comprender que habian existido cafés donde, después de comer, iban las gentes a charlar con los amigos y, generalmente, a perder tiempo. Los cincuenta años han pasado y los cafés son cada día menos.

Londres le parecía a Maeztu una aglomeración de veinte o treinta ciudades. París, en cambio, era una ciudad sola. En cuanto a las ciudades españolas, Maeztu hizo ob-

servaciones curiosas. Bilbao, en otros años dominada por los jesuitas, se había transformado en 1910. La encontró liberada de la influencia oligárquica de otros tiempos. Los políticos y los obreros liberales ya no emigraban a América o a otras provincias de España. La obligación de tomar la comunión no era tan estricta como cuando, si no se obedecía, era condenarse al ostracismo o a la muerte civil. Las asociaciones obreras se habían fortalecido. anunciaba la fundación de una Casa del Pueblo. Las juventudes republicanas, socialistas y democráticas eran más numerosas. Había oradores obreros que difundían el socialismo en vascuence. Antes, en este idioma, sólo se hablaba de carlismo. Bilbao era, en relación con el número de sus habitantes, una de las ciudades más ricas del mundo; pero la vida social era casi nula. No se daban fiestas, bailes, reuniones. Las industrias y las minas habían hecho su fortuna. Los ricos exhibían su riqueza en San Sebastián, en Madrid o en París, y la clase media, aislada, se volvía a los partidos democráticos.

Esto ocurría en Bilbao en 1910. Fue el comienzo de una evolución que tardó más de medio siglo en llegar a una revolución permanente. No tocamos el problema vasco de la actualidad porque nuestro fin es analizar las ideas de Maeztu. Sólo decimos que Maeztu observó algo que sabía iba a crecer, y creció hasta los extremos que conocemos. Diez años antes, decía Maeztu, el pueblo perseguía el ideal del enriquecimiento individual. "Desde entonces persiguen otra cosa: democracia, república o socialismo. El qué, concretamente, aún no lo sabe nadie." El tiempo ha pasado y hoy todavía nadie sabe qué quiere el País Vasco. El grave problema español lo constituyó, durante años, la guerra de Marruecos y las asociaciones religiosas. La primera parte de este doble problema terminó; la segunda, va cavendo en la indiferencia.

En 1920, Maeztu sintió un gran escepticismo. La primera guerra había pasado. El mundo vivía una segunda belle epoque; pero, en ese renacer de la alegría de vivir, en esos veraneos de San Sebastián y de Biarritz, en esos inviernos gloriosos de Madrid y de París, se incubaba una inquietud que no se sabía cómo definir. Maeztu descubrió algo sensacional: había en el mundo ex ideas. Hoy sabemos, algunos pocos historiadores, que hay ex ideas en la historia de la historia, en el conocimiento de la economía, en muchas cosas. Oigamos estas palabras que Maeztu es-

cribía en agosto de 1920: "Así como ahora se hacen dramas y novelas con la historia de los ex hombres, una humanidad superior a la nuestra hará el día de mañana con la historia de las ex ideas, que son aquellas ideas medio verdaderas por las que los hombres se apasionaron mientras las veían por el lado que tenían de verdad, hasta que al descubrir lo que tenían de mentira las echaron a un lado. como se hacía con la ropa vieja en los tiempos de abundancia que conocimos antes de la guerra, porque ahora hasta los andrajos valen oro, y estoy seguro de que no ha habido tiempo alguno en que los hombres se havan visto rodeados de más ex ideas que en los de ahora; porque lo característico de nuestra generación es haber descubierto que eran falsas todas las creencias de nuestros padres, por lo que ya no podemos creer sin condiciones en la libertad, ni en la igualdad, ni en la fraternidad, ni en el progreso, ni en la tradición, ni en la aristocracia, ni en la democracia, ni en las leyes de la naturaleza, ni en las dulzuras del poder, ni en los placeres que compra el dinero, ni siquiera en el dinero mismo, porque un duro no alcanza en estos días ni adonde la víspera llegaba una peseta; pero lo fundamental es que no creemos ni en el régimen capitalista, porque es imposible que todos los hombres vivan de rentas y es injusto que vivan unos cuantos; ni tampoco creemos ya en el socialismo, porque el socialismo es irreligioso en casi todos los países, y el único principio que podría inducir a los hombres a hacer por los demás lo que hacen por sí mismos, como tendrían que hacer para que no fracasase el socialismo, sería un principio religioso".

Maeztu, en 1920, estaba desengañado de la política democrática v más aún de los insensatos que hablaban de demoler el mundo para crear sobre sus ruinas otro mundo esplendoroso. Lo urgente no era ponerse a saltar en las tinieblas, sino enterarse de lo que estaba pasando en Rusia v entre nosotros.

Ramiro de Maeztu fue hasta 1934 un católico más o menos indiferente en su religión. En este año declaró abiertamente que su fe se había acrecentado. Antes tenía sus dudas. Se preguntaba por qué Dios había creado al diablo. No obstante, en cuarenta años de escritor nunca había atacado al catolicismo. Un párroco, una criada guipuzcoana y un amigo de la iuventud habían logrado que Maeztu no rompiese del todo sus lazos religiosos. La filosofía del espíritu, de Benedetto Croce, le había alejado de

la fe en 1908. En 1911 estudió en Alemania a Kant y llegó a la conclusión de que el espíritu no puede proceder del no espíritu ni, menos, de la materia. Con ello se desprendió de todas las doctrinas darwinianas. Otro estudioso habría sacado de Kant conclusiones muy diferentes. Lo mismo le ocurrió leyendo a Nietzsche. Tuvo la convicción de que era necesario sentirse pecadores, como en los siglos de más fe, para que los hombres se perfeccionasen. Nietzsche había enseñado a desconfiar de uno mismo. La orden de Nietzsche, de superarse, era la misma que difundía la Iglesia: superar al pecador. El reino del espíritu no procedía de la naturaleza, era una supernaturaleza. Fue así como se convenció de que el modelo moral para el hombre debía buscarse en los Évangelios. Meditó los Evangelios. Estudió los dogmas fundamentales del catolicismo. Comprendió que el poder ha de ser poder de saber y de amor y no poder de ignorancia y de odio. Volvió al culto de la Virgen por exigencia del corazón. Los milagros no lo preocuparon. Todo lo que nos rodea es un milagro: la vida, el alma, la verdad. El espíritu estaba sobre la vida y la materia. Cuando los españoles empezaron a pensar que habían hecho demasiado por la Iglesia, pensaron también que habían hecho demasiado por la monarquía y por España. Esto significó la caída de España. España perdió su camino, según Maeztu, cuando empezó a apartarse de la Iglesia. Cuando España fue la mayor fuerza del catolicismo, conquistó la tierra, y a los cincuenta años de haber creído en la Enciclopedia la perdió. La identificación de España con otros Estados europeos fue su ruina. La causa de España era la causa de la religión católica.

Éste era el pensamiento español v católico de Ramiro de Maeztu en 1934. Dos años antes, la Iglesia había puesto en el índice la Historia del sielo XIX de Benedetto Croce. La prohibición romana hizo leer esta obra en medio mundo. Es un resumen de la historia europea donde se destaca la importancia del liberalismo. Al mismo tiempo no se ocultó lo que hizo el Papado en contra de la unidad de Italia. Maeztu comentó estos hechos. Croce era un filósofo y un historiador del espíritu. "Sin libertad —decía Croce— no merece la vida ser vivida." Maeztu había sido partidario de las ideas de Croce entre el 1909 y el 1911. Luego se había apartado de su pensamiento. Croce. al hablar del espíritu, no hablaba del Espíritu Santo, sino del espíritu del hombre. Bastaba dejar al hombre en libertad

para que todo lo que hiciese fuese bello y justo. Y esto era lo que no compartía Maeztu. Lo que Croce buscaba, según Maeztu, era libertarse de la autoridad, aunque nos diga la verdad y aconseje el bien. "Lo cual supone —concluía Maeztu— que el espíritu del individuo es de mejor naturaleza que el constituido por las instituciones de la cultura y de la historia." Croce, según Maeztu, ignoraba el pecado original y la propensión al mal que hay en el hombre.

No vamos a polemizar con Maeztu ni defender a Croce. Mostramos sus ideas. Decimos que nunca quiso ser político, aunque toda su vida escribió sobre ideales políticos. Tenía del liberalismo el concepto que tuvieron de él algunos papas. Creía que, para los liberales, las sociedades son fenómenos de naturaleza, como cadenas de montañas. No sabemos a qué liberales se refería. No debía referirse a los tomistas, a quienes creen en la libertad del hombre, frente a la fe salvífica de los luteranos y la predestinación de los calvinistas. Confesemos que, todavía hoy -y el fenómeno se da mucho en España y en América—, son innumerables los intelectuales que hablan de liberalismo sin saber exactamente qué es liberalismo. De lo que no hay duda era de que Maeztu se declaraba abiertamente anticomunista. Todos los liberales son, sin discusiones, anticomunistas, pues el comunismo empieza por negar la libertad y no admite competencias de ideas. La libertad no debía desprenderse de la responsabilidad. Reflexionaba que ningún sacerdote debía exigir libertad para tener o no tener fe: ningún abogado para ser fiel o no ser fiel a la justicia; ningún médico para curar o matar a sus clientes. Esto es cierto, pero también es cierto que un sacerdote tiene libertad para colgar los hábitos; un abogado y un médico, para abandonar su profesión.

El problema del espíritu era un problema político y social. Involucraba el destino del hombre. Por ello muchos escritores que defendían el espíritu se hacían políticos para que otras fuerzas no los destruyesen. Lo indudable es que esta lucha había comenzado en 1917, con el triunfo del comunismo en Rusia y su inmediata expansión en el resto del mundo. Había que evitar, también, "un ensoberbecimiento nacional que atrae sobre un pueblo las envidias y las iras de los otros". Eran los sistemas totalitarios, fascista y nazista. La burguesía se convertía, para muchos, en un enemigo del espíritu. Es una frase o un lugar común

que hay que demostrar. Lo malo era que hombres como André Gide veían con agrado que se destruyese la civilización para que sobre sus ruinas se construyese un mundo mejor en el cual hasta podría florecer el espíritu. Maeztu comprendía que si el burgués no se interesaba grandemente por el espíritu, el comunista no lo soportaba en ningún momento.

La expansión del comunismo era el mayor mal que podía sucederle al mundo. Maeztu lo veía avanzar v no se engañaba cuando presagiaba los desastres que traería. A veces tenía choques con antiguos escritores amigos. Es interesante saber cómo se enfrentó en 1933 con un estilista metido a político como el famoso Azorín. Éste había dicho, en un artículo titulado Cambio, que en España se había operado un cambio en el ambiente. En efecto: había habido un cambio, y Maeztu empezó por juzgar al autor de esa inocente afirmación. "Azorín es un hombre cuvo arte me ha parecido siempre digno de la mayor admiración, pero cuya política es incomprensible. Su talento descriptivo es precioso y único. Su arte de expresar la emoción de las cosas quietas, de los pueblos en donde nada ocurre, es incomparable. Pero cuando habla de política, lo oigo como quien oye llover. No me parece que ha dicho nunca cosa alguna que tuviera sentido." Las elecciones municipales habían dado el triunfo al republicanismo y el destino de España estaba marcado. Maeztu advirtió, en el acto, como advirtieron todos los españoles sensatos, que un caos de desgracias se abatiría sobre España. Por ello, Maeztu terminó su artículo con estas palabras: "Sí, señores, va han empezado a cambiar las cosas, pero sólo empezado".

Habían llegado tiempos parecidos a los del 98 en que los españoles no se habían defendido. En el 98 no pudieron o supieron defenderse de los sublevados en Cuba y en Filipinas y de la colaboración que a ellos prestaban los Estados Unidos. En los años del avance comunista, España no supo defenderse, evitarlo. Había que decir, como en el 98: la culpa es nuestra. Lo que había ocurrido era que hombres eminentes en sus especialidades, pero que nada sabían de política, se habían puesto a jugar trágicamente con la política. El hecho era un defecto que se encontraba en muchas partes. En Estados Unidos, el sabio Alberto Einstein publicó un libro titulado El mundo como lo veo, lleno de opiniones políticas, que, a juicio de Maeztu, no valía

absolutamente nada. Y era cierto. Einstein fue un gran físico y un pobre hombre en ciencias humanas y políticas. Era un judío ateo que nada sabía de la historia de España ni de la historia de la cultura. Había que penetrar en la esencia del catolicismo para comprender la verdad y la realidad del hombre y, por tanto, de su camino en la política. Así estaba convencido Maeztu. Maritain, uno de los grandes pensadores de Francia, era un judío convertido. Los hombres más brillantes de Europa y de América eran católicos. España debía sentir el espíritu de su tiempo v el de la tradición. No debía olvidar que había hecho la unidad física del mundo con sus descubrimientos geográficos, la unidad moral con su pensamiento en el Concilio de Trento y la unidad de todas las razas con su incorporación al cristianismo, es decir, España había hecho la historia universal

Maeztu llegaba a estas conclusiones porque detrás del periodista ilustrado había un cultor de la historia, de la literatura, de las ciencias humanas. Consideraba que la patria de los españoles estaba en sus catedrales, en sus grandes escritores, en sus artistas, en sus batallas, en sus descubrimientos, en todo lo que habían hecho sus genios. Cuando esa patria dejó de innovar y se sometió o imitó a los extranjeros, surgió la antipatria. El término hizo fortuna en otros países, como en la Argentina, donde lo adoptaron los políticos más antipatriotas que existieron en toda su historia. La España de charanga y pandereta era la que habían inventado los enemigos de España, no una España que hubiese existido, que hubiese sido real. Por ello, Maeztu rechazaba el calificativo de racista que Engracio de Aranzadi le había aplicado. Maeztu, que había levantado la historia de España explicando que había incorporado a los hombres de todas las razas, blancos, negros, amarillos, no podía ser llamado racista. Maeztu era, ante todo, un español que amaba a su patria y quería su grandeza, su felicidad, su verdadera libertad. Por ello fue atacado y tuvo que defenderse, y por ello los hombres de la antipatria un día lo fusilaron.

El cierre de Acción Española. El origen de la concepción del Estado. El poder de los poderes. La fuerza y el derecho. La concepción económica de la historia. Burocracia y contribuyentes. Autoridad y libertad. El pensamiento. El capitalismo. La teoría de los valores. Psicología de la guerra. El corporativismo. Equilibrio de poderes. Derechos objetivos y subjetivos. Los cuatro valores universales.

Cuando se impuso en España la república y el comunismo se infiltró en los partidos políticos, especialmente obreros. Ramiro de Maeztu comprendió que era necesario defender la patria. Un espíritu destructor avanzaba sobre las tradiciones de España, sus valores eternos, y la llevaría a los desastres que la historia ha confirmado. Fundó la Acción española, un círculo de pensadores, y una revista que difundía ideas de orden y de paz, de construcción y de elevación. El gobierno la clausuró. El objeto de la revista, como escribió Maeztu, no había sido otro que "reivindicar a España como ser histórico y enlazarla al sentido del mundo". Publicaba cartas inéditas de Juan Valera y artículos sobre la actualidad cultural, los valores románticos en la literatura clásica española y, con la pluma de Paquito Rebelo, "un portugués competentísimo, el fracaso de las reformas agrarias en el mundo". Otro colaborador hablaba del vuelo sin motor y Maeztu explicaba cómo la separación de América se había producido desde España, "por la difusión del espíritu revolucionario entre nuestros gobernantes del siglo xvIII". Maeztu pedía a los lectores que se suscribiesen a la revista en diciembre de 1931. "Ya no es hora —decía— de ver los toros desde la barrera. Los toros están en los tendidos."

Acción española fue clausurada en agosto de 1932. Nunca supieron los socios de la institución por qué el gobierno tomó esa medida. En realidad lo sabían muy bien. Era una sociedad que luchaba por el mantenimiento de las ideas políticas sensatas y no enloquecidas como las del partido que significó la ruina de España. El gobierno dijo que Acción española propugnaba el "imperialismo absolutista". Se trataba de una mentira. En la Acción española se discutían temas de filosofía política. Se defendía el derecho en la razón y no en la voluntad. Era, principalmente, un centro de cultura, y el gobierno de Manuel Azaña cerraba ése y otros centros de cultura.

Hemos hablado de razón y de voluntad. Una cosa es, en efecto, fundar un hecho o una resolución en la justicia, lo quiera o no lo quiera la mayoría, y otra cosa es resolverlo por la voluntad de una mayoría insensata o inconsciente. Maeztu recordaba que Poncio Pilatos, para condenar a Jesús, consultó la voluntad de la mayoría. No había que dejarse llevar por la corriente ni abdicar la conciencia en el número. Don Ouijote no iba a entrar "a la rebatiña en algún comité para asegurar la inclusión de su nombre en una lista". El 22 de diciembre de 1933, Maeztu escribió en el ABC de Madrid un artículo en que comentaba la amenaza de las izquierdas españolas de desencadenar la revolución social. Sabía que esa revolución iba a llegar y presentía, sin temor, lo que le ocurriría a él. Dijo: "En una batalla no serviría más que para víctima, porque nunca he llevado armas, ni las llevo, y, si las llevara, no sabría usarlas. Pero cuando se me conmina con la revolución social, que, después de la experiencia rusa, ya sé que implica la matanza general de los burgueses, me entra el impulso incontenible de quitarme la chaqueta, no para pelear con nadie, sino para que me den inmediatamente los cuatro tiros que me correspondan, porque es intolerable seguir viviendo bajo el peso de una amenaza que me está perdonando la vida cuanto tarda en cumplirse".

No era un régimen lo que estaba en peligro, sino la vida de cada uno. La amenaza socialista representaba el fuego que encendería a España. Maeztu había sido aprisionado durante dieciséis días el año anterior. También habían estado presos Cervantes, Quevedo, fray Luis de León. La cárcel enseñaba a pensar en el dolor, en la religión, en la grandeza. La ventana de la prisión permitía ver el cielo, no el suelo. El dolor levantaba. Era maravilloso comprobar, reflexionaba Maeztu, cómo un hombre que había vivido en palacios se adaptaba a la estrechez de la cárcel. España, agregaba Maeztu, era, según los viajeros extranjeros, "la reserva moral de la tierra". Cuando preparó su discurso para su recepción en la Academia Española, que versaba sobre la brevedad de la vida, escribió que el tema de la muerte no había sido tratado en las literaturas del mundo con el mismo espíritu que el español, sino con un sentido completamente contrario. Los poetas españoles eran los poetas de la muerte; los de otros países lo eran de la vida. Así como la muerte amenazaba a la

vida, la vida animal amenazaba a la del espíritu.

El hombre que el socialismo rojo asesinó en España no fue un periodista de temas políticos, como supusieron los lectores de sus artículos casi diarios. Fue un historiador que si no investigó en los archivos meditó largamente sobre la historia universal y, en particular, la historia de España y sacó conclusiones, acertadísimas, que los investigadores de archivos, limitados a la búsqueda del dato inédito, y siempre pequeño, aunque, por sus consecuencias, pueda resultar trascendental, nunca alcanzan. Los sabios miembros de las Academias Españolas de Ciencias Morales y Políticas y de la Lengua no lo juzgaron un periodista cuando lo eligieron para integrar sus corporaciones. Sabían que incorporaban a uno de los pensadores más profundos de España y a un maestro cuyas ideas ilustraban a los estudiosos de media Europa y América.

Maeztu aprendió en la historia verdades que los políticos no siempre disciernen. Agregaremos que tampoco las advierten los historiadores apegados al dato erudito. Maeztu recordó que los historiadores veían la Edad Media como un valle de lágrimas en el cual los hombres se acusaban de sus pecados. En el siglo XII habría habido un despertar. Los historiadores dijeron que este despertar fue un desarrollo del espíritu humano. Maeztu, con razón, no creía en este desarrollo porque nadie había probado que las artes y las letras se transmitían en el claustro materno. La herencia no se extendía al reino del espíritu. Los cambios en la mentalidad humana se habían debido a las guerras y a la penetración de la cultura clásica, por medio de los árabes, en el mundo occidental. El cambio más notable se operó en el Renacimiento. Los humanistas descubrieron y dispensaron la fama. Los poetas eran coronados. Los hombres se envanecieron demasiado. Su camino hacia la ruina se agravó cuando Descartes enseñó a dudar y afirmó que todo surgía de la razón. Maeztu había llegado a otras conclusiones. "La verdad -decía- no ha de buscarse ni en el pensamiento ni en las cosas, sino en sus relaciones. Un pensamiento es verdadero cuando es válido para las cosas. El centro de la verdad no está en el hombre, sino en las proposiciones válidas, y las proposiciones válidas, en un mundo intermedio entre los hombres y las cosas. Pero Descartes subjetivó la verdad. Después de Descartes los hombres pudieron decirse, orgullosos: mi pensamiento es la medida de las cosas." Sobre estas bases.

Hobbes encontró en la naturaleza humana tres causas principales de disputa: la competencia, la desconfianza y la gloria. Para dominar a estos hombres surgió el Estado moderno, con sus poderes centralizados. Fue el Estado por necesidad. Después, los alemanes inventaron el Estado como el bien.

Hobbes negó la bondad natural del hombre. Rousseau. en cambio, la sostuvo. No obstante, coincidió en la necesidad de fundar el Estado para asegurar la persona y la propiedad de los hombres. En el Contrato social de Rousseau, cada hombre ponía todo lo que tenía bajo la voluntad general. El Estado debía garantizar los contratos y asegurar la voluntad general. Las teorías políticas modernas siguen la misma tendencia. Maeztu recordó que, en la Edad Media, la sociedad estaba compuesta por el rev y el pueblo, el poder espiritual y el poder temporal. La Edad Media se caracterizó por la multiplicidad de poderes. Por tanto, según Maeztu, no había propiamente Estado. El Estado, a su juicio, es una invención moderna o una resurrección del paganismo. En la Edad Media, dice Maeztu, no había derechos del hombre. Había derechos del marqués y del aprendiz, del obispo y del pechero, el que pagaba impuestos. El Renacimiento redescubrió la personalidad humana. Todo esto podría discutirse, pero no lo haremos. Los clérigos se hicieron humanistas o herejes; los señores de la tierra buscaron nuevas rentas. Er Alemania, agrega Maeztu, el Estado no es sólo un invento político, sino una idea ética. Es el bien y el agente bueno Los alemanes llaman Estado a la voluntad general. El Estado es el fin más alto y último de la vida. Por tanto, hay que sacrificar la vida al Estado. El Estado está antes que la familia y que la religión. Todos los particulares deben someterse al Estado. En el Estado hay voluntad, pero no instinto. Por algo Alemania es el país de la disciplina, de la obediencia incondicional a las autoridades.

La razón práctica de Kant es, según Fichte, el ego absoluto, que comprende el mundo externo e interno. Maeztu recuerda que Kant sabía que estaba muy cerca de los rusos y Fichte veía a los franceses patrullar las calles. Hegel enseñaba que el individuo debe venerar en el Estado la síntesis de lo terreno y de lo celestial. Hegel fue el sucesor de Fichte, en 1818, en la cátedra de filosofía de la Universidad de Berlín. La filosofía de Hegel, que divinizaba al Estado, se extendió por todas las universidades de Ale-

mania. Esta filosofía llevaba a los gobernantes a identificarse con el Estado, de modo que la voluntad del Estado era la de sus gobernantes, que dominaban despóticamente a los gobernados. A éstos no les queda más ilusión que la de convertirse en dominadores de los pueblos vecinos. Así se llega a dos interpretaciones: la autoritaria o estatista, que sólo piensa en aumentar el poder del Estado, o sea, de los gobernantes, y la individualista o liberal, que quiere aumentar el poder de los individuos. Frente a ellas se levanta la moral cristiana. La bondad del hombre no consiste en fortalecer su autonomía, sino en hacer el bien. No hay una voluntad común; hay voluntades de los individuos que pueden querer una cosa común. Cuando quieren el bien la asociación es buena. Maeztu concluve este aspecto de su estudio afirmando que la herejía política alemana no es otra cosa que una socialización de la herejía humanista.

Entramos en el estudio del poder. El poder es el medio de hacer leves y ejecutar actos, buenos o malos. Ahora bien: muchas acciones humanas no tienen el poder como medio, sino como fin. Maeztu plantea el problema de saber si el poder es un bien en sí mismo o meramente un bien instrumental. El poder, a su juicio, es un bien en sí mismo, como la verdad, la justicia y el amor. Quien aumenta su poder a expensas de los otros comete una injusticia. Maeztu llama Dios a la unidad de poder, como verdadero bien. La cratología divide la energía humana en poder personal y poder social. El poder social surge de la entrega de sus poderes que hacen a un hombre los otros hombres. Este acto de conferirse mutuamente los hombres los poderes sociales no debe ser un homenaje a una persona, sino a los valores que cada cual quiere mantener: el poder, la salud, la riqueza, la verdad, la justicia, el amor.

Maeztu recuerda que durante la Edad Media se debatía la supremacía del poder espiritual y del poder temporal. En los tiempos actuales se enfrentan el poder económico y el poder militar. Quienes estudian las injusticias sociales se preguntan si los hombres son oprimidos porque son explotados o son explotados porque son oprimidos. Los anarquistas creen que la explotación del hombre desaparecería si desapareciese la autoridad. Los socialistas y comunistas suponen que si se evitase la explotación no habría opresión. Para estos últimos, el enemigo mayor es el capitalismo. El problema, para ellos, es económico, pero ocurre que, además de la opresión y de la explotación, hay que tener en cuenta el poder político. Éste puede componerse de tres partes: el poder espiritual, el poder material económico y el poder material militar. Los teóricos discuten las influencias de unos y de otros. Hay quien sostiene que todos los males provienen de la influencia militar. Otros afirman que el origen se halla en el capitalismo y en el imperialismo, o sea, en la unión de las clases capitalistas v de las castas militares. Los marxistas creen que el poder económico es superior al político militar. Marx dio alas a la interpretación económica de la historia. Maeztu explica muy bien que el poder militar exige al poder económico los mayores sacrificios. La supremacía del poder militar es, por tanto, superior al poder económico. En realidad, ambos poderes se complementan. Como se complementan con el poder político. Los tres son distintas manifestaciones de un solo poder. El dinero hace posibles las industrias, y las industrias hacen posible el ejército. "No puede decirse -concluye Maeztu- que la explotación engendre la opresión, ni ésta, aquélla. A ambas las engendra la injusticia." Maeztu olvidó explicar un hecho fundamental: el poder es el poder: pero responde a ideas políticas que lo mismo lo llevan a un comunismo que a un anticomunismo, a un Estado extremadamente religioso, que a otro declaradamente ateo.

En cambio, Maeztu aborda el estudio de la fuerza y del derecho. Uno no incluve al otro. Son dos elementos distintos. Es la opinión de Maeztu. Otros teóricos aseguran que el poder es derecho y el derecho es fuerza. Los primeros son los militaristas; los segundos, los pacifistas. No obstante, es una afirmación acertada la de que el derecho no triunfa solamente por ser derecho, sino porque lo acompaña la fuerza. En el fondo, es una teoría de Kant, alemana. Pero en Alemania se llegó a suponer que todo lo que triunfa es justo. Es la teoría militarista que defendió Jorge Jellinek, de la Universidad de Heidelberg, muerto en 1911. Otros filósofos sostuvieron igualmente que no hay más derecho que la fuerza. Es la doctrina jurídica que pretendió dominar el mundo. Jellinek enseñaba que el Estado "es la unidad interna de una nación guiada por una voluntad". El órgano inmediato del Estado puede ser una sola persona o un parlamento. Los órganos mediatos son la burocracia. La teoría alemana sostiene que cada Estado requiere una voluntad única. Maeztu reacciona ante esta teoría. Muy bien dice que el desastre de la primera guerra mundial mostró a un pueblo atónito que "el órgano supremo y la voluntad única habían encarnado en el cuerpo de un tullido y en el alma de un loco". La teoría de que cada asociación necesita una voluntad que la unifique es falsa. Maeztu sostuvo que "el rasgo característico de cada asociación es la pluralidad de voluntades". Debe haber tantas voluntades como individuos. Jellinek fundaba el Estado en un "poder originario de dominación". Esto, dice Maeztu, es basar el derecho en la fuerza. La esencia de las asociaciones no es una voluntad única, sino un algo común, un deseo, una esperanza de todos. Esto es lo que une a los hombres, lo que da vida a la democracia.

Maeztu fue contrario a la interpretación económica de la historia. Lo acompañamos plenamente. Nosotros sostenemos que la historia no la hace nunca la economía. La historia la mueven las ideas, y la economía es juguete de las ideas. Cada político tiene una idea diferente acerca de la economía. Maeztu explica, muy claramente, que la interpretación económica de la historia convierte al hombre en un satélite de la técnica o de los medios de producción. Ni Marx estuvo totalmente de acuerdo con su doctrina. Marx quería interpretar históricamente la economía. capitalismo es un producto histórico, una creación del hombre. Si existiera una interpretación económica de la historia, dice Maeztu, sería un intento de explicar los objetos de una ciencia individualizadora, como la historia, por los objetos de una ciencia generalizadora, como la economía. Querer buscar las causas de los individuos históricos en generalidades económicas es un absurdo, porque la historia es la ciencia de lo individual y la economía, o sea, lo general, es una condición. Ahora bien, el concepto de condición no debe confundirse con el de causa. Una ciencia individualizadora, repetimos, como la historia, no puede ser explicada por una ciencia generalizadora, como la economía.

La economía puede ser tratada como una disciplina histórica. Es una ciencia auxiliar de la historia, como la arqueología y otras. La historia de los hechos económicos no puede interpretar la historia. La parte no puede explicar el todo. El hecho de que cada ser humano trata de satisfacer sus apetitos no es una ley histórica, sino biológica o animal. El hombre puede hacer, biológicamente, muchas más o menos cosas que satisfacer sus deseos económicos. La historia, como decía Chesterton, no es única-

mente una busca de alimentos. No olvidemos que también ha buscado y busca la libertad. Las cosas no tienen el valor de su utilidad, sino el que les da el mercado. Debemos tener en cuenta todos los valores y no únicamente los económicos.

Maeztu veía en el crecimiento desenfrenado de las burocracias el origen fundamental de la primera guerra mundial. Los burócratas son los funcionarios o empleados que reciben sus sueldos de los fondos públicos. En cada Estado forman la clase patriótica o nacionalista. El Estado es la fuente de sus ingresos. Maeztu sostiene que los burócratas están siempre ansiosos de extender el poderío de su Estado a otros países. Son militaristas porque si el militarismo está en manos del poder ejecutivo está en manos de los burócratas. Más aumentan los gastos militares, más segura es su posición. La conquista de nuevos territorios, dice Maeztu, ensancha las bases de la jerarquía oficial. Los burócratas tienen salarios que nunca disminuven. Las jerarquías se elevan si aumenta el número de empleados. No tienen competencia ni competidores. Los ciudadanos particulares son los que se oponen al aumento de los gastos públicos, los que están en contra de los burócratas. Si están unidos en su oposición, la burocracia se detiene; si no lo están, avanza. La burocracia es parasitaria y aumenta a expensas de las demás clases sociales. Si la burocracia crece con exceso, los particulares preferirán emigrar a otros países antes que dejarse explotar por el fisco. Si no emigran, se hacen enemigos del Estado. Hay un eterno conflicto entre burócratas y contribuyentes. Los burócratas militares y civiles sueñan con expansiones territoriales que mejoren sus sueldos y jerarquías. Las crecientes actividades del Estado no son más que el crecimiento de la burocracia. Ninguna forma de gobierno contiene el auge de la burocracia. Sólo las clases productoras, siemple explotadas, podrán controlar los gastos del Estado. Maeztu pensaba que la organización, de estas clases productivas implicaba la resurrección de los gremios. En la Edad Media eran los que ponían frenos a los gastos de los reves. La resurrección de los gremios es defendida por algunos políticos. Maeztu creía en este milagro. No advertía que en contra de los gremios y del Estado corporativo estaban y están los políticos profesionales que ven alejarse sus cargos electivos, en los cuales, además de una buena remuneración, tienen la fama en sus manos. Tampoco sospechaba que los gremios serían dominados por sus propios burócratas, por dirigentes que se encaraman en los altos puestos y manejan los gremios a su antojo, a menudo de acuerdo con el poder ejecutivo. Hechos difíciles de prever, entonces, y fáciles de explicar, con ejemplos clamorosos, en estos días.

Maeztu no creía en la autoridad como fundamento de las sociedades. El fracaso de la primera guerra mundial lo había demostrado. Quienes detentaban la autoridad se habían entregado a sus ambiciones, y las ambiciones los habían perdido. Los ejemplos, aun en la actualidad, son muchos y no queremos recordarlos. Las autoridades son ciegas y a menudo se oponen al desarrollo de los demás valores sociales. Cuando no se oponen, cuando hay un despotismo ilustrado, las autoridades tienden a la monarquía universal. Por ello un máximo de autoridad conducía a un máximo desorden. Los hombres "no eran sino piedras en manos de potencias superiores".

La libertad, para Maeztu, era sinónimo de democracia. Hasta el siglo XIX el concepto de libertad no involucraba el del individualismo. La libertad es el sistema en que la personalidad del individuo es respetada sagradamente. Los países autocráticos anteriores a la primera guerra mundial demostraron que Alemania tenía una diplomacia desastrosa y Rusia había caído en manos de Rasputín. Las democracias de otros países tuvieron el triunfo por su competencia. En las autocracias, un solo ciudadano es el activo; en las democracias, todos son activos. Los apoderados de la democracia, declaraba Maeztu, ejercen mayor autoridad que los autócratas. Primero, porque confían en la cooperación del pueblo que los ha elegido, y, segundo, porque saben que están ejecutando la voluntad de la mavoría de los ciudadanos que los han elegido. Maeztu no negaba que las mayorías son siempre incompetentes, pero admitía que los hombres debían aprender a gobernarse, que podían cometer errores y rectificarse. Atacaba, en cambio, el liberalismo individualista que consideraba al individuo como el origen del bien y el bien supremo. En toda sociedad debe existir un método compulsivo que obligue a los egoístas a servir al bien común. Las leves existen para que los buenos puedan vivir entre los malos, y para que los malos se hagan buenos o no hagan daño. La democracia, afirmaba Maeztu, no abandona a nadie. El individualismo absoluto, que exige un respeto a la personalidad, lo único que hace es defender el egoísmo de los que se niegan a prestar a la sociedad los servicios que les pide.

La libertad de pensamiento fue un problema que inquietó a Maeztu. Preguntaba qué era mejor para el avance del pensamiento: si la libertad de pensamiento o la organización del pensamiento. Mucha gente cree que el progreso del pensamiento depende de la libertad de pensamiento. En principio, la cultura de un pueblo depende de la enseñanza obligatoria y no de la libertad. Maeztu explica muy bien que los pensadores son los que piensan. Mucha es la gente que sueña o deja que las ideas surjan al azar. La libertad de pensamiento no hace hallar verdades en forma espontánea. El poder debe emplearse en fomentar el pensamiento. David Hume fue el primero en relacionar los conceptos de libertad política y de pensamiento. Suponía que las artes y las ciencias no pedían surgir si el gobierno no era libre. Se refería a un gobierno contrario al absoluto monárquico. Maeztu recuerda que en Atenas v en Florencia fueron ejecutados Sócrates v Savonarola porque no había libertad de pensamiento, y en esas ciudades florecieron la cultura griega y el renacimiento. "La ventaja de la democracia —concluye Maeztu—sobre las demás formas de gobierno es que no hay en la democracia una casta interesada en sofocar el pensamiento para que no se la discuta."

La concepción liberal individualista de la sociedad impide la interferencia de unos individuos en las acciones u omisiones de los otros. Tan negativa como esta concepción liberal, dice Maeztu, es la autoritaria que santifica al gobernante y prohíbe que los súbditos intervengan en los actos del hombre que tiene el poder. En la concepción liberal, el individuo es soberano y los individuos deben respetarse mutuamente la soberanía. En la concepción autoritaria, el individuo o el conjunto de individuos que detentan el poder imponen a los demás sus voluntades. Hav, también, un derecho divino que defendieron algunos reves. Si el derecho divino fuera legítimo, dice Maeztu, la Iglesia habría condenado los derechos de los pueblos a gobernarse por sí mismos.

Un problema de difícil solución fue, en otros tiempos, el de saber si ciertas acciones son buenas porque Dios las prescribe o si Dios las prescribe porque son buenas. Los sustancialistas decían que Dios sólo quiere el bien. Los personalistas, en cambio, hallan en el bien el resultado de

cierto querer o pensar. Maeztu recuerda a Hegel y otros alemanes que veían la persona moral soberana encarnada en el Estado, infalible y divino. Los autoritarios legitimistas latinos sostienen que es Dios quien trasmite su buena voluntad al Papa y a los reyes. En todas las escuelas políticas en el hombre de la calle o el jefe del Estado o de la humanidad, el depositario de la moralidad. No tienen estas escuelas, afirma Maeztu, una concepción positiva de la sociedad. "La sociedad real —dice Maeztu— está fundada en una cosa común, en que los intereses individuales se hallan al mismo tiempo trascendidos y unidos." Maeztu aspiraba a una sociedad en la cual las funciones consistiesen en la conservación y en el aumento de los valores. En esta sociedad, nade debía tener más derecho que el de cumplir con su deber. Los partidos políticos tienen su ideal de felicidad. Y prometen a las gentes mundos de justicia, de amor, de libertad. Maeztu no creía en la posibilidad de una felicidad para todos los hombres. "Quizás la obra educativa que más urge en el mundo sea la de convencer a los pueblos de que sus mayores enemigos son los hombres que les prometen imposibles. Es la imaginación de cada hombre la que se los promete. Por eso hay que afinarla."

El capitalismo es siempre conveniente. Uno de sus defectos es que miles de manos trabajan en la fabricación de objetos que agradan a los capitalistas y no son útiles para las necesidades de los otros hombres. Así como el ahorro es una virtud, el lujo es la destrucción de la riqueza, un desaprovechamiento del trabajo, un mal. Una suma gastada en una joya, reflexiona Maeztu, no produce nueva riqueza, pero si se gasta en una maquinaria agrícola, esa maquinaria seguirá produciendo riqueza. Los pródigos, los que derrochan el dinero, dan de comer a quienes venden lujos y cosas superfluas. Fomentan la producción de artículos inútiles mientras aumentan las necesidades generales.

Maeztu sostiene que las artes no son artículos de luio. Muchas son las grandes obras de arte que se han creado sin fines de luio. Cierto es que el arte ha sido convertido en lujo para ciertas personas, pero los ideales del arte nunca han sabido qué era el luio. Los hombres persiguen la felicidad. Hasta en la Constitución de los Estados Unidos hav un artículo que reconoce el derecho de los hombres de buscar su felicidad. No hablamos de quienes creen que

la revolución social ha de traer a todos los hombres la felicidad. Creen que el caos los librará de trabajar y que el bienestar de los capitalistas se convertirá inmediatamente en el suyo propio. Olvidan que para triunfar en un régimen comunista hay que someterse, como en las comunidades religiosas, a una disciplina y a una regla.

El romanticismo, a juicio de Maeztu, ha muerto. La libertad ha fracasado. Los hombres no son más felices cuando hacen lo que quieren. Cuando los hombres se rebelan, hablan de libertad, pero la causa es siempre otra. Cuando defendemos la libertad de pensamiento lo que estamos defendiendo es el pensamiento. La libertad no da derecho a negarse a desempeñar funciones útiles a la sociedad. Maeztu evocaba con nostalgia los gremios medievales. Los gremios defendían los principios de limitación v jerarquía. Los obreros no protestan tanto contra su propia pobreza como contra la riqueza de sus patrones. Maeztu ve en este hecho el antiguo espíritu de los gremios. El origen del mal de los pobres es el poder ilimitado de los poderosos. Los socialistas aspiran a alcanzar el poder y poner a su frente a los agitadores que han llevado al comunismo. Los capitalistas serían reemplazados por los burócratas socialistas. De este modo, los actuales Estados llamados capitalistas serían sustituidos por el Estado servil del comunismo. Los ingresos de los potentados quedarían limitados o suprimidos. Las clases gobernantes tendrían el poder político y el poder económico, hecho que no ocurre en los Estados capitalistas, donde el poder económico está en manos de los denominados capitalistas. La vida de las muchedumbres estaría a merced de unos pocos hombres. menos de los que gobiernan actualmente en los Estados capitalistas.

Maeztu nos traza un panorama político indiscutible de lo que sería y de lo que es el triunfo del socialismo y su secuela el comunismo. El remedio, para Maeztu, es la corporación autónoma, el resurgimiento de los viejos gremios. Lo mismo pensaba Mussolini. Los hombres son diferentes en sus capacidades. La naturaleza ha creado las jerarquías. En los gremios había aprendices, oficiales y maestros. En la Iglesia, diáconos, sacerdotes y obispos. Los gremios limitaban el poder de los individuos. "Toda ilimitación de poder —dice Maeztu— amenaza a la sociedad con el desastre." Hoy, los Estados comunistas tienen en sus burocracias dominantes un poder sin límites que esclaviza al

obrero y ha hundido a los creadores y organizadores capitalistas.

Las guerras son grandes desgracias, pero tienen la virtud de fortalecer a los pueblos aun en sus inmensos desastres. La salud del pueblo se convierte realmente en la suprema ley. La paz es para los que pelean contra el mal. Cuando hay una guerra el trabajo es para todos los habitantes. Los capitales no pueden exportarse. La propiedad privada se pone al servicio de la causa común. Los partidos se unen. El entusiasmo es general. Obreros, campesinos, industriales, mujeres y hasta niños, todos están unidos en el esfuerzo común. Sólo los ricos ociosos, dice Maeztu, sufren alguna consecuencia. Los proveedores se enriquecen. Los fabricantes de armas y municiones, también. Los militares se sienten apoyados y luchan por una causa que creen justa.

Maeztu escribía esta psicología de la guerra al final de la primera mundial. Eran momentos de pesimismos. Muchos comentaristas decían que la situación era peor, a pesar del triunfo sobre Alemania, que antes de comenzar la contienda. Los economistas vislumbraban un futuro desastroso. Los perdedores se hallaban en una situación espantosa y era preciso ayudarlos para que pueblos enteros no muriesen de hambre. En los ejércitos sus componentes habían aprendido a honrar el mérito y pagar la función. "He aquí una doctrina revolucionaria, v. sin embargo, la que practica la más conservadora y disciplinada de las instituciones humanas."

El tema de los gremios volvía a menudo en la mente de Maeztu como una solución para los problemas políticos v sociales de su tiempo. Proponía la restauración de los antiguos gremios convencido de que ese ensavo se intentaría y que, además, surgirían otros en todas direcciones. No olvidemos que era una época en que Mussolini había creado un Estado corporativo en Italia que significó su indiscutible resurgimiento. Por algo Maeztu fue acusado de fascista; pero el fascismo era un sistema político que coincidía con los viejos gremios medievales. Podemos asegurar que Maeztu no mencionó a Mussolini ni a la Italia fascista en sus escritos, salvo rarísimas excepciones y nunca para alabarlos ni ponerlos como ejemplo. Hablaba de los gremios, como podría haber hablado de cualquier otra forma de gobierno. También se acusó al general Uriburu, en la Argentina, en 1930, de haber propiciado un cambio fun-

damental en la forma de gobierno e instaurar un Estado corporativo, hecho que indignó y alarmó enormemente a los políticos que veían peligrar sus diputaciones y demás cargos bien rentados. Maeztu era un desengañado de la política, en particular de la política que busca sueldos, poder e influencias. La democracia había empezado a elegir a los peores, no a los mejores, para ocupar los más altos cargos. La democracia se había vuelto demagogia y ha seguido este camino hasta nuestro tiempo, en que no sabemos qué rumbo tomará. Lo indudable era que había muchos desengañados de la política y buscaban, como Maeztu, en la resurrección de los gremios, un gobierno de entendidos cada cual en su profesión y no de charlatanes, explotadores de la conciencia pública, que no eran entendidos en nada, salvo en engañar al pueblo con promesas que no se cumplían y, si se cumplían, representaban la ruina de la nación. Maeztu era un convencido de que el crecimiento de las corporaciones funcionaristas, como las obreras, de médicos, abogados, podía infundir a la concepción objetiva el soplo de la vida. La concepción objetiva del derecho era, en el sistema del jurista francés Duguit, la base jurídica de una sociedad sindicalista, funcionarista o gremial. Sólo son legítimos los derechos relacionados con la función que los hombres ejecutan.

La ilusión de que los pueblos sabrían hallar un remedio para evitar guerras futuras preocupó a los políticos, a los filósofos y a los internacionalistas que vivieron los años de la primera guerra mundial. Maeztu no conoció la segunda guerra porque los comunistas lo asesinaron. Conoció los esfuerzos y los sueños de quienes querían asegurar una paz permanente. La Liga de las Naciones pareció una solución o una esperanza. Maeztu no crevó en ella porque era un historiador y un psicólogo de la política. Sabía que la verdad histórica era un hecho, pero que un hecho no es un derecho. Había tratados entre naciones que esclavizaban a una de ellas, como el caso de Polonia. No se podía convertir esos hechos, que eran los tratados, en un derecho que mantuviese eternamente esa esclavitud. La Liga de las Naciones había fracasado porque se había querido formarla con la soberanía de los Estados. Éstos no se sometían a decisiones superiores, de la liga, sino en los casos en que podían sobrevenirles males mayores a los que afrontaban. La salvación era buscar un derecho fundado en las cosas comunes.

La primera guerra mundial no fue una guerra de ideas. Maeztu comprendió muy bien que fue una guerra de poderes que se peleaban por el poder. Unos, beligerantes, defendían las ideas de libertad y de nacionalidad, y otros, las de autoridad e imperialismo; pero estas ideas no ocasionaron la guerra. Alemania quería conquistar la hegemonía europea, y sus contrarios se opusieron porque querían un equilibrio de poderes. Esto fue todo. El equilibrio de poderes parecía amenazado por Rusia. De pronto se comprobó que quien intentaba deshacerlo era Alemania. El emperador soñaba formar una gran Alemania desde el mar Báltico hasta el golfo Pérsico. Rusia quedaría del otro lado y la influencia de Alemania se habría hecho sentir sobre la Europa occidental y el Atlántico. No imaginó Maeztu que este proyecto geopolítico sorprendente estuvo a punto de realizarlo Adolfo Hitler. Maeztu suponía que Alemania habría creado un imperio centroeuropeo. Hitler fue más lejos: creó una gran Alemania. Su intento de dominar Europa y hacer frente a América fue su ruina y su suicidio.

La cultura latina no fue admirada por Maeztu. Salvo el caso de Virgilio, decía, toda la literatura latina no es más que una imitación de la griega. Las ideas centrales del derecho romano, el imperium y el dominium, es decir, el despotismo de Estado y la absoluta propiedad, "son los mayores obstáculos —son palabras de Maeztu— que la humanidad ha de vencer si quiere constituir sus sociedades con arreglo a principios de justicia".

Maeztu opinaba —y su observación era muy justa—que la cultura y la civilización no surgen de la hegemonía, sino del equilibrio del poder. El ejemplo de los casos de muchas naciones lo confirmaba. El despotismo de una clase social era incompatible con la cultura. Las naciones modernas, escribía Maeztu, debían su cultura a la rivalidad de sus distintas clases gobernantes. El ideal no era establecer un régimen proletario, sino el de convertir a los trabajadores en gobernantes.

Muchas veces se ha discutido si el Estado debe sacrificar al individuo o el individuo debe sacrificar al Estado. Si el individuo se sacrifica al Estado, como quiere el socialismo, se cae en la tiranía. Una teoría correlativa afirma que el individuo es para el Estado y el Estado para el individuo. Maeztu decía que esta solución es puramente verbal. Los sindicalistas explican que la primacía corresponde a las sociedades constituidas por los sindicatos profesiona-

les. ¿Y cuando hay conflictos entre el sindicato y el individuo o el sindicato y el Estado? "La solidaridad humana—concluye Maeztu— no existe sino en cosas. No nos asociamos directamente con otras personas. Es en la amistad, en el amor, en intereses o ideas comunes, donde nos asociamos. La individualidad de otra persona sigue siendo el muro impenetrable y el misterio incognoscible. Y sin la mediación de la cosa la asociación es imposible."

Es una interpretación y explicación clarísima de los hechos. Nadie negará que si muchos hombres se unen no es por simpatías personales y recíprocas, pues pueden ser miles y millones que no se conocen, sino porque tienen un interés o ideal común. Los derechos del soberano y del hombre no son inherentes a la condición de soberano o de hombre. Todos los derechos no son inherentes, sino adherentes. Por ello las democracias no son reales si no se fundan en la obligación universal de servir al bien común. Los hombres, continúa Maeztu, no son centros del mundo, sino seres que deben realizar bienes eternos.

Las realidades son una heterogeneidad continua, algo que sobrevive, muere y resucita. La realidad no puede ser racionalizada si no se suprime la heterogeneidad. La vida para Maeztu, es una tragedia: la de la muerte v la resurrección. El principio liberal, a su juicio, no tenía eficacia porque carecía de unidad de dirección. Tampoco tenía justicia porque permitía que los individuos no cumpliesen sus deberes. Una libertad absoluta sería una eterna confusión. Tanto la libertad como el autoritarismo, decía Maeztu, deben ser rechazados porque ambos se fundan en derechos subjetivos. Y esos derechos son falsos porque nadie tiene derechos subjetivos. El derecho objetivo explica que los derechos no deben ser conferidos a los hombres o a sus asociaciones más que en virtud de la función que desempeñan. Ningún poder debía ser entregado a nadie si no era necesario para el cumplimiento de las funciones que le hubiesen sido encomendadas. El poder y el derecho debían ser condicionados por la función.

Estos principios que defendía Maeztu lo presentaban como un enemigo del liberalismo y del autoritarismo. Su posición intermedia no era bien comprendida, a pesar de la claridad con que era expuesta, por la dificultad de salirse, los lectores, de las rutas trilladas y de los conceptos arraigados. Maeztu sostenía que si se proclamaban los derechos del hombre a la libertad, a la propiedad y a la

seguridad, el resultado sería el infierno de la concurrencia y la explotación del hombre por el hombre. Si se quería impedir la libre concurrencia fijando a los trabajadores un salario mínimo, se hubiera debido cerrar las fronteras a los trabajadores de países más pobres y se habría terminado en una guerra de razas. Era difícil, hace medio siglo, adivinar los recursos de que se valdrían los gobiernos de las más distintas ideas políticas para salvar esos inconvenientes. Maetzu veía el origen de los derechos subjetivos en el Renacimiento y en el descubrimiento de América en que el hombre se atribuyó derechos para vivir en un mundo infinito e inagotable. Ese derecho no limitaba la cantidad de poder que cada hombre o asociación de hombres podía apropiarse. Mientras los derechos subjetivos, opinaba Maeztu, no sean limitados no podía haber remedio para las injusticias que podían surgir de naciones y de hombres que poseían mucho y otras y otros que poseían poco. En síntesis, Maeztu sostenía que ciertos multimillonarios no tenían derecho a poseer sus enormes fortunas, ni ciertas naciones, inmensamente grandes, a conservar sus tierras inexploradas e inexplotadas, ni un emperador a desencadenar una guerra mundial. Cada nombre v cada asociación no debían ocupar más espacio que el que necesitaban para el buen desempeño de la función que se les encomendaba.

Este pensamiento social de Maeztu, este sentido de la justicia humana que iba más allá de los principios establecidos por los sistemas políticos conocidos, es una concepción que parece no tener antecedentes ni haber sido defendida por otros teóricos. No obstante tiene unos precursores que Maeztu no debe haber conocido. Estas ideas fueron expuestas casi un siglo antes de Maeztu por unos pensadores argentinos que no las bebieron en ningún otro filósofo de la historia o de la política. Fueron Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, tan citados por dos o tres de sus obras más populares, y tan ignorados en los tesoros que encierran sus obras completas. Sobre todo Alberdi, seguido a ratos por Sarmiento, sostuvieron ideas semejantes en lo que se refería a las tierras inexploradas de nuestra América, totalmente desaprovechadas por naciones que hubieran hallado su felicidad si las hubieran ocupado.

Los valores universales son cuatro según Maeztu: el poder, la verdad, la justicia y el amor. Ellos encierran

un valor intrínseco. Los hombres y las asociaciones de hombres tienen valor si realizan en cosas concretas los valores universales. El valor de los productos naturales o humanos depende de la medida en que los penetren los valores universales. Estos valores universales, poder, verdad, justicia y amor, son los atributos de Dios. Maeztu renunciaba a la valorización de los sistemas filosóficos que consideran a Dios como la suma verdad, el sumo bien v la suma belleza. Era una ordenación que correspondía a la división de la filosofía en lógica, ética y estética. Maeztu quería dividir la filosofía en lógica, ciencia de la verdad; cratología, ciencia del poder; derecho, ciencia de la justicia, y erótica, ciencia del amor. La filosofía total la identificaba con la ética, ciencia general de los valores. La belleza no era un valor autónomo, sino una mezcla de los demás valores. El egoísmo era el mal fundamental. Nada bueno, agregaba, se puede hacer sin amor.

Maeztu pensaba que la única filosofía posible era la de los valores. La economía había inventado el concepto de valor y había subido a la filosofía. La economía había muerto como ciencia autónoma y se había reducido a una parte de la historia. Los hombres debían fundar sus sociedades y sus leyes en el principio de función. El principio liberal no obligaba a ninguna solidaridad. El principio autoritario conducía a la dominación interna o universal. El principio funcional orientaba el sentido moral, tenía un carácter de justicia, agrupaba a los hombres en torno a la función que desempeñaban, en sindicatos, y comprendía todas las actividades externas del hombre. La sociedad debía considerar las demandas de los hombres v gremios que producían bienes útiles y no de los ociosos, ladrones e inútiles, porque no necesitaba de sus productos. El liberalismo dejaba a todos los hombres triunfar como pudiesen. El autoritarismo confiaba el destino de los hombres a un gobernante supremo. El principio funcional se basaba en los valores reconocidos como superiores o urgentes. En resumen. Ramiro de Maeztu soñaba una humanidad unida y elevada por los auténticos valores de los hombres, los llamados Poder, Verdad, Justicia y Amor, los atributos de Dios. Por ello, un día, los enemigos de estos valores eternos lo fusilaron.

El sentido reverencial del dinero. El fracaso del socialismo. La influencia religiosa en los conceptos económicos. El derrumbe de las teorías marxistas. Las nuevas aristocracias. La teoría económica de la independencia hispanoamericana. El pensamiento teológico del trabajo. La defensa del espíritu. La defensa de la hispanidad.

Un hombre como Ramiro de Maeztu, que escribió, con talento y con arte, sobre Don Quijote, don Juan y la Celestina v La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica, no desdeñó un ensavo sobre El sentido reverencial del dinero. No quiso decir, con este título, que al dinero se le debía reverencia. El sentido sensual del dinero, del que asimile diez mil pesetas a un automóvil, por ejemplo, no es un sentido católico, sino del hombre natural que hay en cada uno de nosotros. Hay que pensar en el bien que se puede hacer con el dinero, en la libertad que, con él, se puede alcanzar. Donde se conoce el sentido que posee el dinero es en el destino que se le asigna. Estados Unidos prestaron a Alemania, después de la primera guerra mundial, cuando estaba por el suelo, treinta mil millones de dólares para que se levantase. El sentido reverencial del dinero permitió al País Vasco, después de dos guerras civiles, convertirse en la región más rica de España. Lo mismo ocurrió en Génova, la ciudad más rica y más católica de Italia. Lo peor que puede ocurrir a un pueblo, decía Maeztu, es creer que el dinero se ha hecho redondo para que ruede. Es preciso recordar, aunque en el Credo no se hable de la inmortalidad del alma, que el hombre carnal, según San Pablo, resucita convertido en hombre espiritual. Todo lo material es perecedero. Maeztu aseguraba que Tomas Kempis tenía razón cuando, repitiendo a Salomón, aseguraba que las riquezas, los honores, las satisfacciones, son vanidades; pero no cuando sostenía que era vano amar algo que pasaba muy pronto. El amor también era perdurable y por ello resultaba terrible amar lo que es malo. El cristianismo aconsejaba perdonar a los deudores. Teníamos libertad para mejorar el mundo y también el cuerpo. No había que negar el mundo ni el ultramundo. En la antigüedad, según Maeztu, no existía la idea que hoy tenemos del capitalismo. Los hombres más generosos son los que han llevado siempre una vida económica. Los juerguistas sólo son generosos con ellos mismos. Tienen la perspectiva de las ranas. Los hombres que han acumulado el dinero con sacrificios lo espiritualizan. Maeztu combatía a los materialistas, como Bertrand Russell, que suponían que el mundo irracional podía engendrar la racionalidad del hombre. Las sociedades se fundan en el sacrificio individual, decía Maeztu, y el sacrificio sólo es posible por el amor. El dinero es bueno donde se le honra. El mundo económico no debe estar sometido. Hay pueblos que gastan en lujos lo que deberían invertir en industrias productivas.

Maeztu confesaba que escribía para las clases medias. A ellas se dirigía y les pedía que no confundiesen lujo con riqueza y con poder. Era un convencido de que la persona que no ahorraba no era buena. "En el dinero hay algo más que los placeres —decía—, comodidades y seguridad que procura. Los que no vean en el dinero el lado que vo llamo reverencial, no han acabado de penetrar en su misterio." Hay que distinguir entre el dinero que se hace enriqueciendo a los demás y el que se acumula empobreciendo a otras gentes. Hay que condenar a quienes buscan el mayor lucro, aun arruinando al país en donde emplean su dinero. Los empréstitos reproductivos son los que producen más interés, no al que presta, sino al deudor. El dinero prestado para fomentar la producción produce más riqueza. hav mayor demanda de trabajo y aumentan los salarios. Los obreros, así, se hacen pronto capitalistas y viven mejor que los viejos burgueses. Si en un pueblo existe la conciencia económica de deber ahorrar, el problema social desaparece. Los pueblos que no entienden la conciencia del dinero -sentencia Maeztu- están condenados a vivir bajo su yugo.

Estados Unidos fueron, muchas veces, el único pueblo acreedor del mundo. Cuando se independizaron, México tenía más tierra y habitantes que los Estados Unidos. ¿Por qué cambiaron tanto las cosas? Maeztu veía con razón que en México existía un sentido del dinero que no era el de los Estados Unidos. Este sentido entrañaba un sentido distinto de vida. El hombre que creía que el dinero era bueno no podía resignarse tanto a la pobreza como el que creía que era solamente útil. El que admitía la bondad del dinero lo empleaba en obras buenas: servicios sociales, escuelas, hospitales, etcétera, o empresas reproductivas. El que lo juzgaba únicamente útil lo entregaba al juego o a la disipación. Si los inmigrantes se dirigieron más a los Esta-

dos Unidos que a la América central no fue por una cuestión de clima, pues es peor el de los Estados Unidos, sino porque en este país había dinero que se empleaba en obras buenas. La resistencia a las ideas hacía negar —y sigue negándolo— muchos hechos incuestionables.

El trabajo es una virtud. Los hidalgos de la vieja España lo consideraban una deshonra. Maeztu aconsejaba al hombre que había reunido algún dinero que lo multiplicase, pues ello era mucho mejor que gastarlo en caridades. El dinero debía multiplicarse, no limitarse a cambiar de manos. Si el dinero se gastaba en guerras o en mantener una burocracia parasitaria, el dinero sólo servía para aumentar las contribuciones. Si las cosechas se multiplicaban, el trabajo adquiría nuevos valores. "Hace tiempo -escribía Maeztu- que se viene diciendo que la cuestión social quedará resuelta el día en que, en vez de disputarse dos obreros un empleo, se disputen dos industriales o dos agricultores el mismo obrero." Ese tiempo ha llegado en muchos países y en ellos el comunismo se ha ido por sí solo. Es el resultado de la multiplicación del capital. Donde hay poco dinero los salarios son bajos. Mala es la administración donde el dinero se asocia al déficit permanente del Estado y no a la producción. Si el dinero se asocia a la producción se multiplica. Las empresas también se multiplican y la mano de obra se valoriza. Más aumentan los capitales, más suben los jornales. Así se llega a momentos en que es más difícil proveerse de capitales que de obreros. El dinero hace el bien, concluía Maeztu, si se dedica a multiplicarse.

Maeztu era un economista sensato. No queremos decir que los economistas no sean sensatos. Lo que son, a menudo, es demasiado teóricos. Son hombres que han aprendido a hacer dinero en los libros y no en el comercio o en la industria. Por ello fracasan, muy a menudo, en la práctica. La economía es muchas cosas. Es historia cuando nos dice qué ha ocurrido en el mundo con las vacas gordas y las vacas flacas o qué han pensado hombres famosos acerca de ciertos problemas económicos. Es teneduría de libros cuando anota los gastos y las ganancias, las salidas y las entradas. Es administración de empresa cuando nos dice que una empresa debe tener un directorio, uno o más gerentes, un portero, etcétera. Y es muchas otras cosas cuando los autores de manuales o de textos para universidades o ejecutivos enseñan al lector cómo debe caminar o

tomar una decisión. La economía científica ha llegado a colmos indescriptibles. Hasta se ha hecho, con las computadoras, adivina del futuro. En realidad, nunca adivina nada, pues los cálculos más perfectos se los lleva el diablo con una lluvia o una seguía, unos pozos que no dan más petróleo u otros, riquísimos, que se descubren una mañana. Maeztu era un economista nacido de la observación inteligente, consciente. No existía, en su tiempo, la inútil y enorme literatura de ciencia económica que se ha producido en Estados Unidos y en algunos países europeos. Maeztu había observado, por ejemplo, que Henry Ford era el hombre que producía los automóviles más baratos del mundo y, al mismo tiempo, el que pagaba mejor a sus obreros. Todos iban a las fábricas en automóvil propio. El dinero de Ford hacía, indudablemente, obra buena. La ley, no obstante, no distinguía entre quien talaba un monte, destruyéndolo para siempre, y quien lo repoblaba, pues los . dos hacían el mismo dinero. Uno beneficiaba el bien común; el otro lo perjudicaba. Había propiedades beneficiosas y propiedades perjudiciales. La ley ni los impuestos distinguían. Maeztu explicaba que la palabra oficio es una contracción de opificio, hacer una obra, en latín. En alemán y en inglés, veruf y calling significaban llamamiento. Max Weber ha demostrado cómo en los pueblos del Norte de Europa dominó la creencia, durante los siglos xvII y xvIII, de que las almas se salvaban si desempeñaban escrupulosamente sus ocupaciones diarias. Quien no desempeñaba bien su trabajo era un traidor a su patria. Maeztu estaba convencido, con Thomas Nixon Carver, de que el régimen capitalista era la condición normal del bienestar humano. En Estados Unidos los obreros se convertían, en cientos de miles, en propietarios de las fábricas donde trabajaban y las compañías de teléfonos vendían sus acciones a sus abonados. Maeztu comprobaba cómo en Estados Unidos el capitalismo fomentaba la igualdad y la abundancia. Eliminaba las clases y estimulaba la democracia. Los socialistas se quedaban con sus sueños y sus descontentos. Nixon Carver había destruido a fondo las teorías y las conclusiones de Carlos Marx, pero los semicultos del mundo siguen difundiendo a Marx y nadie lee a Nixon Carver.

Maeztu reconocía que el espíritu moral de los hombres de los Estados Unidos que dirigían la evolución capitalista era lo que conducía a la abundancia y a la riqueza. El puritanismo no había separado su idea del dinero de

su idea del bien. En Inglaterra, en cambio, según Maeztu, eran los patronos los culpables de la difusión del socialismo. Pagaban salarios irrisorios. Era lógico y humano que los obreros se defendiesen. Las asociaciones obreras norteamericanas no sólo no eran anticapitalistas, sino que aconsejaban a los patronos que aumentasen el capital porque así se multiplicaba el rendimiento obrero y crecían los salarios. A todos ellos, el socialismo parecía una desesperación, un resentimiento, una antigualla. Arthur Shadwell había escrito un libro, El fracaso del socialismo. Maeztu concluía que el socialismo era un sueño que se deshacía cuando se tocaba, una tendencia que llevaba al fracaso a los pueblos que lo seguían. La doctrina de la lucha de clases había hecho olvidar a los obreros la solidaridad que los unía a los patronos. Si la industria no tiene prosperidad, los provechos desaparecen y todos salen perdiendo. Cuando el obrero se empeña en una lucha de clases y sólo piensa en su beneficio, las industrias se derrumban y, con ellas, los obreros. Cuando el obrero piensa que trabajando poco aumenta el número de brazos ocupados, se equivoca. El número de brazos se duplica si mejora el rendimiento de cada obrero. Si los obreros no rinden, los patronos retraen el capital y tratan de sacar, del que queda, el mayor rendimiento posible rebajando o no aumentando los salarios. La lucha de clases significaba la ruina de todos.

Los consejos económicos que Maeztu daba a sus lectores indicaban siempre el camino del bien y de la moral. El ahorro, la inventiva, la escrupulosidad en el trabajo originaban el progreso mecánico. El personal de una empresa debía ascender exclusivamente por méritos y no por recomendaciones. El ascenso por méritos creaba un entusiasmo entre el personal. Sólo se oponían los inútiles. Por otra parte, la reducción de los precios hacía circular más rápidamente el capital. "El obrero norteamericano decía Maeztu— es también un burgués, mientras que en la nueva Rusia todos son proletarios, menos los criminales."

La cooperación de los obreros con los patronos debía representar un progreso para la industria; pero esta cooperación debía sèr justa por ambas partes. Los salarios no debían serede hambre, y el trabajo debía rendir. No hay capital sin trabajo; ni trabajo sin capital. El bienestar de los obreros y los patronos, según Maeztu, dependía de estos tres finès: reducir la mano de obra; aumentar el capital y multiplicar los talentos industriales. Había que atraer ca-

pitales a las industrias. Una cosa era combatir la ruindad de los patronos explotadores y otra combatir el capital. No imaginaba Maeztu que un día la ruindad explotadora no sería de los patronos, sino de los obreros.

Entretanto las teorías y los vaticinios de Marx se derrumbaban estruendosamente. Marx había sostenido que más grande era la riqueza, mayor era la miseria, y que cuanto más se desarrollase el capitalismo, tanto mayor sería la falta de trabajo. La historia ha demostrado que ha ocurrido, precisamente, todo lo contrario. Lo que podía ser cierto en cuanto a la tierra, pues más tierras poseían unos hombres menos poseían otros, no lo era en lo que se refería al capital. El crecimiento del capitalismo eliminaba la falta de trabajo para los obreros y mejoraba siempre sus salarios. Inglaterra se estaba derrumbando porque sus líderes demagogos combatían cada vez más a los capitalistas. En cuanto a la crisis rusa sólo consistía en la falta de capitales. Las pensiones a la vejez, a las viudas, a los inválidos, a los huérfanos y a los sin trabajo, recordaba Maeztu, se debían a las predicaciones del economista alemán Gustavo von Schmoller. En un primer momento, las reformas sociales, las ayudas del Estado a los sin trabajo, se habían convertido en fuentes de imprevisión, de holganza y de mendicidad. Todo esto, insistía Maeztu, se debía al hecho de que los socialistas y los comunistas habían difundido que el interés del capital era opuesto al del trabajo.

Hubo un tiempo en que los ahorros de los españoles de América nivelaban la balanza económica de España. La desvalorización de las monedas, no bien producida la paz de la primera guerra mundial fue tan mala o peor que una guerra. Siempre se dijo, antes y después de Adam Smith, que el origen de la riqueza es el trabajo. La especulación, la estafa, la inmoralidad, nunca crean riqueza. En Florencia, donde comenzó a desarrollarse el capitalismo moderno, las cofradías florentinas cuidaban de que sólo los más capaces manejasen el dinero. Los capitalistas judíos tenían que aprenderse de memoria trescientas sesenta y cinco prohibiciones y doscientos cuarenta y ocho mandatos. Maeztu ponía ejemplos. Si un Estado invertía el dinero que recibía en préstamo en un ferrocarril que transportaba los minerales de una mina, ganaba el ferrocarril, ganaba la mina, ganaba el Estado y ganaban los prestamistas. Si lo invertía en una guerra o en aumentar la burocracia, debía pagar los intereses con aumentos de impuestos, es decir, perdía

el Estado, perdían los ciudadanos que debían pagar los tributos, perdían las industrias y los obreros sin trabajo.

Dijo Aristóteles que el dinero era estéril. El dinero, para no ser estéril, debe emplearse en industrias productivas. La economía sin moral es una quiebra segura. En Inglaterra, decía Maeztu, la prosperidad es tomada como un signo de moralidad. El dinero inglés era empleado en empresas de producción. El lujo conviene al que lo explota, nunca al que lo gasta. La usura en el dinero que se presta para consumo, no para producción, es funesta para el deudor. Maeztu creía en el trabajo, en el ahorro y en la aplicación del ahorro al mejoramiento de la producción. El dinero que se aplica al trabajo multiplica la productividad de cada hombre.

Maeztu supo advertir el nacimiento de una nueva aristocracia. La antigua aristocracia española era la que descendía de los hombres que habían ganado tierras a los infieles. La nueva era la de los hombres que habían arrancado riquezas a la naturaleza. Los antiguos habían enriquecido a los cristianos empobreciendo a los moros. Los modernos enriquecían a todos y no empobrecían a nadie. El capitalismo, en una palabra, debía comprometer a todos los hombres a ser capitalistas. Los países prósperos eran los que pagaban salarios más altos. La emigración se dirigía a estos países y no ocurría lo contrario.

Cuando Primo de Rivera se retiró del poder y no se sabía con quién substituirlo, empezó el miedo a la crisis. El avance del republicanismo y de la demagogia comunista hicieron ver a muchos españoles que se avecinaban tiempos duros. No faltaron los que jugaron, y se enriquecieron, con la ruina del país. Compraban monedas extranjeras que se mantenían firmes y con las cuales podían tener cada vez más pesetas. Era un fenómeno que hemos visto repetirse en la Argentina en los años nefastos del dominio popular. En noviembre de 1930, Maeztu se lamentaba de que faltase en España un patriotismo económico. Tenía la esperanza de que un movimiento nacionalista ganase las conciencias españolas. El movimiento llegó tarde, pero llegó.

Maeztu estudió los orígenes de las independencias de los Estados Unidos y de las naciones hispanoamericanas. En la independencia norteamericana halló un aparente motivo económico. Los habitantes de la América del Norte no querían pagar impuestos si no tenían representación.

En apariencia, repetimos, es un motivo económico: en realidad es una razón política, un principio político que se impone: primero los representantes del pueblo y luego el pago de los impuestos que se establezcan con esos representantes. En cambio, en las naciones hispanoamericanas Maeztu no encontró ninguna razón económica. No sabía, o si lo supo no quiso referirse a tanta ignorancia, que en muchos países de la América española ha habido historiadores convencidos de que la independencia se había hecho por causas económicas. A su vez, estos historiadores no sabían que estaban repitiendo, como loros, las interpretaciones de Carlos Marx, que creó la interpretación económica de la historia - supremo disparate y no sabía una palabra de historia americana. Es por ello que Maeztu suponía que había un contraste capital, fundamental, entre la independencia de los Estados Unidos y la de los países hispanoamericanos. "Éstos —dijo— pelean por la dignidad de la precedencia; los Estados Unidos, por el libre desarrollo de sus intereses y de sus capitales." Cuando nosotros conversamos con Ramiro de Maeztu nos especializábamos en la historia colonial. No habíamos llegado a profundizar la independencia. Hoy pensamos de un modo distinto y, si Maeztu viviese, le diríamos que las causas de la independencia hispanoamericana fueron complejas, creadas por la misma España, primero sin rev. lo cual dejó a los americanos libres de resolver su destino, y luego envuelta en una guerra civil entre liberales y absolutistas o juntistas y concejistas, que tomó otro aspecto, el constitucionalista, cuando Fernando VII volvió a su trono y se proclamó antiparlamentarista y anticonstitucionalista. Maeztu expuso una interpretación nueva y original cuando explicó la diferencia entre el Sud y el Norte, o sea, entre los hispanoamericanos y los norteamericanos, diciendo que los del Norte no tenían, en un comienzo, una idea del Estado v sólo peleaban por el poder del dinero, mientras que los del Sud lo primero que pensaron fue en el Estado y pelearon por el dinero del poder.

Lo indudable, en estas consideraciones económicas o filosofía de la historia económica, es que la economía no tuvo nada que hacer en la independencia hispanoamericana. En Estados Unidos, en cambio, como observó muy bien el conde Herman Keyserling, que dio conferencias en Madrid, en Buenos Aires y en otras ciudades del mundo

hispanoamericano, todas las confesiones religiosas estaban de acuerdo en considerar el bienestar social como un signo de gracia divina. En Estados Unidos, Franklin, anterior a Adam Smith, enseñaba que quien mata a una cerda mata a toda su descendencia, aconsejaba el ahorro, etcétera. Su Almanaque del buen Ricardo no hace más que repetir que el que tiene cien y gasta noventa se hace rico y el que tiene cien y gasta ciento uno va a la ruina. En la América española no hay nada de esto hasta que Mariano Moreno y Manuel Belgrano empiezan a hablar de economía repitiendo las enseñanzas de Jovellanos y otros economistas españoles, italianos e ingleses. Los indios, por otra parte, con los cuales los españoles estuvieron tan unidos, no tenían concepto de previsión, ni de economía, ni de nada. Basta leer las memorias de los misioneros jesuitas para tener una idea de su inconsciencia. El indio, explica Maeztu, que no sabía qué era la propiedad privada, fue educado por el misionero, que le enseñó la resignación, y por el encomendero, que le enseñó la codicia. Por algo el inmigrante se ha hecho rico y el indio sigue pobre. En México, los indios no demostraron interés en los minifundios por no concebir la propiedad privada. También por todo esto, continúa Maeztu, la América que habla inglés es la acreedora, y la que habla español, la deudora.

La economía tiene que ser un fin y no un medio. Por ello hay que ponerla en manos de los hombres más capaces, no de mediocres. La conservación de la riqueza existente exige una incesante creación de capital. "El Estado—decía Maeztu— no sirve para ello. El Estado no sirve sino para consumir los recursos que el ahorro particular concentra. Y mientras el Estado no muestre para hacer dinero la misma capacidad que revela para gastarlo, ¿no es cándido imaginarse que puede substituir a la propiedad privada en la función de crear los capitales necesarios? El socialismo no es alternativa al capitalismo. O se tiene dinero o no se tiene. Ésta es la verdadera alternativa. Y la carencia de dinero es la miseria."

Los pueblos hispanoamericanos debían constituir capitales propios. El dinero que para los hispanoamericanos era una comodidad, era para los norteamericanos un deber. Cuando se empobrecía a los demás, las gentes no pensaban más que en robarse los unos a los otros y los ricos vivían llenos de temores. Donde la riqueza es considerada

un deber, las almas mejores son las que hacen más dinero. Las otras gastan muy malamente el dinero. La escuela de Franklin. en los Estados Unidos, enseñaba que el hombre debe ahorrar para tener crédito, tener crédito para enriquecerse, y enriquecerse para deiar cumplido su destino. Con hombres que pensaban de este modo, reflexionaba Maeztu. no era extraño que los Estados Unidos hubiesen alcanzado lo que habían alcanzado. Estados Unidos no representaban, por tanto, para la América hispana un peligro político, sino un peligro económico. Los pueblos hispanoamericanos, había observado Maeztu, no tenían confianza en el ahorro, pero sí en la riqueza que podía dar la tierra. "El dinero, como la poesía —decía Maeztu—, no muestra su misterio más que a los corazones devotos." Era un modo del poder, y en el poder, uno de los elementos que constituven el bien. Si los que gastan su dinero en lujo, lo ahorrasen e invirtiesen en mejorar o aumentar la producción, la demanda de trabajo aumentaría, los salarios también v los pobres podrían ahorrar. Maeztu cita un pensamiento de un canónigo. Green, que decía: "Hay más moralidad en diez libras en el banco de ahorros que en los diez mandamientos". "Los diez mandamientos - agregaba- nos enseñan lo que debemos hacer: las diez libras en el banco nos hacen querer hacerlo." Los norteamericanos, reconocía Maeztu, consideraban el dinero un signo de superioridad humana, no se podía ganar en gran escala ni gastarlo más que como un bien social. El dinero no podía ser un instrumento, sino un fin para hacer el bien. El dinero, decía Maeztu, es uno de los valores supremos de la vida.

El concepto que los judíos tienen del dinero es el mismo de los cristianos. El Antiguo Testamento está lleno de elogios al dinero. En el Deuteronomio, capítulo xv, versículo 6, consta que Jehová prometió a Israel: "Prestarás a muchos pueblos y de ninguno pedirás prestado". Mahoma daba como premio, en su paraíso, hermosas mujeres: el cristianismo ofrece la visión beatífica, y el judío, el dinero. Es su bien mayor. No tiene otro bien mayor. Los puritanos enseñan que no hay que trabajar para los pecados y los placeres de la carne, sino para Dios, para ser ricos. Es una moralidad, explica Maeztu, que ordena a los hombres lograr el dinero, pero no para gastarlo en placeres. El puritano considera sinónimos riqueza y moralidad. Los printano

cipios que conducen a la riqueza no dejan lugar para los resentidos ni los revolucionarios.

El porvenir de los hombres no está en la política, sino en el trabajo. La política, dice Maeztu, "ha de ser un deber y no un medio de vida". El medio de vida es el trabajo. Es una manera natural de ver el trabajo. Maeztu señala que hay otra manera, la puritana, de Ginebra, Holanda, Gran Bretaña y Estados Unidos. Esta manera considera el trabajo un medio ascético, más obligatorio para el rico que para el pobre. Los teólogos puritanos sostienen que si un hombre es haragán es porque ha perdido la gracia de Dios. Los mormones repiten que "un perezoso no puede ser cristiano". La mendicidad, la vida bohemia o contemplativa, están prohibidas. El trabajo no se hace sólo para ganarse la vida, sino que se considera un sacramento.

Maeztu hizo conocer el pensamiento teológico del trabajo a los pueblos de España y América que jamás habían imaginado semejante cosa. Les abrió los ojos y les explicó por qué la América del Norte, con esa conciencia del trabajo, teológica, sagrada, hizo mayores progresos que la América central y del Sud, que tiene otra conciencia, que ve el trabajo, como los antiguos hidalgos, como un deshonor o como los nuevos capitalistas, como una manera de ganarse la vida o procurarse placeres. Además, Maeztu deshizo muchas afirmaciones de Carlos Marx, tan seguido por los ignorantes y tan equivocado en sus afirmaciones. Por ejemplo: Marx suponía que el capital provenía únicamente de la explotación del hombre. El error económico no puede ser más enorme. Precisamente es en los países donde el hombre es más explotado donde hay hasta esclavitud, que no hay capitales ni grandes capitalistas. Los pocos que existen, con fortunas heredadas de siglos, no son capaces de aumentarlas ni de ganar lo que un empresario cualquiera gana en pocos años. El capital proviene de la máquina, del ahorro, del comercio, de todo menos de la explotación del hombre. Donde hay más trabajo es donde hay mayores sueldos. El maquinismo solo no crea siempre capitales. Generalmente primero está el capital y éste engendra el maquinismo. Maeztu recuerda que los Países Bajos, un siglo y medio antes de que se iniciase el maquinismo, eran pueblos capitalistas. Los capitales salen de la tierra, pero hay que guardarlos para poder invertirlos

en máquinas. La América española gastó en guerras civiles y en revoluciones los rendimientos de las cosechas, de sus carnes y de su comercio. Además, muchos gobernantes no supieron y no saben guardar el dinero. El indio es atónito, no tiene conciencia de lo que es prever y ahorrar. Si se le dejan provisiones para un mes las derrocha en un día. El criollo despilfarra el dinero, vende los campos que compraron sus padres o abuelos. Antes iba a arruinarse a París. Ahora se arruina en los casinos o en las carreras. El mestizo v el mulato siguen su ejemplo. Los norteamericanos piensan que el bienestar es una muestra de las mejores cualidades humanas. Leves norteamericanas prohibieron la inmigración de países donde no se había efectuado la síntesis de religión y economía. Maeztu llegaba a la conclusión de que había que llegar a una economía como la de la antigua asociación Amigos del País animada por el aliento religioso.

Maeztu era un defensor del capital. Rusia se movía, en su tiempo, en un ambiente de crisis porque no había pagado sus deudas y porque no tenía capital. Nadie quería prestarle dinero. En México se necesitaban igualmente capitales. Todo se lo habían gastado en lujos y revoluciones. Estados Unidos, en cambio, era un acreedor universal. Todos le debían a él y él nada a nadie. ¿A qué se debía este hecho? A que había sabido ahorrar y producir. Estados Unidos había desarrollado una industria, en tiempos pasados, y la mantenía en el presente, por su conexión con una Inglaterra industrial. La América española, en cambio, se había desarrollado como una economía auxiliar de las industrias europeas. En Inglaterra los puritanos no habían tenido el poder más que en pocos períodos. En Estados Unidos, en cambio, lo habían mantenido siempre. En Inglaterra, como en otras partes, lo digno de un hombre enriquecido era abandonar los negocios y dedicarse a la política. En Estados Unidos ocurría lo contrario: el negocio era un servicio social superior a cualquier actividad política. El capitalismo norteamericano tenía la misión de abaratar los productos y subir los salarios. Hay industriales que sólo esperan el momento de retirarse del trabajo y descansar. Otros sueñan con agrandar su fábrica. Para unos el reposo es superior al trabajo. Para otros, el trabajo es una dignidad que aumenta con las responsabilidades. Distintas tablas de valores. Los católicos no creían que una hora o un día de ociosidad podía costarles el infierno. Los puritanos sí lo creían. Es por este convencimiento que su economía superó tanto a la de otros países y otras religiones.

Ramiro de Maeztu no cursó ninguna carrera universitaria, però su autodidactismo lo hizo superior a muchos doctores, y dos Academias, la Real de la Historia y la Real de Ciencias Morales y Políticas, lo llamaron a integrar sus filas. No era un economista y dio clases de economía histórica y filosófica a los más grandes especialistas. Hemos conocido sus ideas, destructoras de Marx y creadoras de conceptos nuevos, nunca oídos en los estudios económicos. A menudo repetía que la manía que tenían tantos jóvenes de doctorarse, el doctorismo, era un mal para el Estado y la cultura. Para acabar con la obsesión doctorista proponía la implantación del bachillerato clásico, en el cual se estudiaba a fondo el griego y el latín, matemáticas y filosofía. Pocos lo pasarían y los que lo pasasen serían realmente buenos. Los doctores serían menos y aumentaría el número de los ingenieros, industriales y hombres de negocios. Además preguntaba a quienes soñaban con federaciones y confederaciones para oponerse a los Estados Unidos, dónde irían a pedir los préstamos que necesitaban para hacer posibles sus industrias. Había que llegar, además, a una nueva concepción del trabajo y del dinero en la América hispana. Había que creer que del trabajo dependía la salvación del alma, un sentido sacramental del trabajo, v tener un sentido reverencial del dinero. Sólo los hombres inferiores consideraban el dinero como placer. España y América, decía Maeztu, debían transformar sus sentimientos tradicionales respecto del trabajo v del dinero. Era lógico que en países donde se despreciaba el dinero y había gente que hacía voto de pobreza, la miseria, la paralización, se extendiesen y fuesen admiradas y puestas como ejemplo para ser cada vez más pobres.

Maeztu estudiaba el problema de la economía y del capitalismo en la América española. El indio, como ocurría en México, se incorporaba a la política y oscilaba entre el fanatismo católico y el fanatismo marxista. De los caciques indios se había pasado a los encomenderos, a los grandes terratenientes y a los capitalistas. Los capitalistas se

dividían en dos categorías: los que residían en la tierra v debían asociar a los naturales a sus negocios, y los que vivían en el extranjero, los absentistas, que sólo buscaban ganancias para gastarlas fuera del país. Éste era el peor capitalismo, el que también había existido en Rusia, unido al capitalismo extranjero, y había suscitado tantos odios entre los comunistas. El capitalismo norteamericano había comprendido que, para no fracasar, debía asociar a su trabajo a los hombres del país. El norteamericano perdía un poco de su orgullo racial y religioso; el hispanoamericano debía someterse a la disciplina del trabajo y de la economía, pero todos -decía Maeztu-salen ganando. Había que llegar a tener un capital propio para no necesitar el extranjero. Los capitales extranjeros no debían dejar en el país nada más que jornales, sino obras, industrias en marcha. Los norteamericanos no se hacían señores en tierras extranjeras, sino socios. No había que aceptar una servidumbre económica, pero había que demostrar "y aumentar cada día la capacidad para el trabajo".

Estos estudios económicos, que no se hallarán en ningún tratado de economía, eran, en el fondo, estudios de psicología histórica y social. Maeztu, conocedor de España, Europa y América, era un observador y un estudioso de sus almas y de sus pasados. Podríamos decir que fue, en secreta vocación, un historiador, pero no pudo consagrarse a la historia porque debía escribir artículos, en muchos diarios, para vivir, y la historia es una ciencia severa y tirana, que obliga a investigar sin ganar y a escribir sin publicidad. Maeztu profundizaba la historia para sacar de ella su espíritu. Buscaba las raíces anímicas de los hechos. Estas raíces, indudablemente, en la América del Sud eran españolas, y en la del Norte, inglesas; pero ambas raigambres tenían lazos comunes como cuando se inspiraban en Santo Tomás.

Cuando Maeztu escribió su Defensa de la hispanidad, comenzó por declarar que los liberales españoles no habían dado al mundo nada que el mundo no conociese. Los socialistas, los anarquistas, los revolucionarios, no habían contribuido con ideas nuevas a lo que muy bien conocían los socialistas, anarquistas y revolucionarios de otras partes de la tierra. Nosotros, con nuestras interpretaciones del liberalismo, que no coinciden con las de otros autores, no

creemos que puedan ser llamados liberales políticos que empiezan por dar al Estado o a la violencia lo que sólo pertenece al libre juego de la conciencia; pero dejemos este punto, que en tiempos de Maeztu aun no habíamos desarrollado, y expliquemos que él veía los valores eternos de España en su tradición monárquica y en su religión católica. Realmente, cuando España empezó a perder esta doble tradición se fue al desastre sin discusiones. A esa corriente que no coincidía con la tradición española. Maeztu la llamó la Antipatria. Ya hemos hablado de este término. En la Argentina, este término es, para unos señores que nunca han comprendido nuestra historia, la definición perfecta de los enemigos de Rosas, de los unitarios, que querían la unión del país. Para otros historiadores, que han ido más hondo en la historia, los defensores de la Antipatria eran, precisamente, quienes no querían su unidad, su Constitución, su Congreso, su capital, su presidencia, sus aduanas nacionales, para todas las provincias y no solamente para una. Pero dejemos estos problemas de historia argentina y volvamos a Maeztu y a sus interpretaciones. España consideró a todos los hombres hermanos, en la Península y en América, pero no negó la evidencia de las desigualdades. Por ello los indios eran tratados como menores de edad. Cuando, después de la guerra de sucesión, a la muerte de Carlos II, se dijo: "Ya no hay Pirineos", los españoles pusieron su ilusión en ser lo que no eran. Antes, los caballeros eran poetas y soldados, y los ejemplos, con Ercilla, Bernal Díaz, los cronistas de Indias, son Pedro de Mendoza y mil más, que leían a Erasmo y a Virgilio en latín, no nos dejan dudas de su verdad. Pero cuando los hidalgos se hicieron señores y por último señoritos, la decadencia, o la transformación, de lo español se hizo patente. La historia de España no debía ser una tumba, sino una fuente de vida. En Buenos Aires, el ilustre sacerdote don Zacarías de Vizcarra propuso que el 12 de octubre no fuese llamado Día de la Raza, sino Día de la Hispanidad. Maeztu adhirió con entusiasmo a esta idea. Hispania era el nombre de la península, toda ella, e incluía lo que se llama Portugal. No están acertados quienes prefieren el término Iberia, como si esta palabra, que es otro nombre de la tierra que se llama España, diferenciase a los españoles y a los iberos y éstos fuesen más portugueses que españoles.

Los portugueses fueron los primeros en reconocer que su nombre genérico era el de Hispania, España, y españoles.

Hispanidad no es raza. Hispanidad es lo espiritual de lo español, como americanidad lo es de lo americano. Maeztu crevó, en un instante, que las ideas de la revolución francesa habían prevalecido en el mundo al formarse las nacionalidades hispanoamericanas. Fue víctima, en esta suposición, de la ignorancia de su tiempo. Tenemos el mérito --somos los únicos que nos lo reconocemos-- de haber sido de los primeros en reaccionar contra esta creencia, tan infundada como falsa e imaginaria. Cuando se formaron las nacionalidades hispanoamericanas la revolución francesa de 1789 era odiada en el mundo y, en particular, en la América, tanto inglesa como española, por su irreligiosidad, su antimonarquismo v sus crímenes injustificables. locuras y todo género de barbaridades. Lo que existió, sin llegar a prevalecer, fue el conocimiento de la ilustración del siglo xvIII, anterior a la revolución francesa, el pensamiento de los filósofos y enciclopedistas que habrían muerto de espanto y de horror si hubieran conocido la revolución de 1789. Maeztu quiso explicar y explicarse cómo se habían separado de España los pueblos hispanoamericanos. Nosotros no habíamos expuesto aun nuestras teorías que todavía discuten o no creen en ellas algunos historiadores eminentes, pero que ignoran el fondo de la historia americana. Maeztu supuso que la separación de América salió de España. Esto es verdad, pero Maeztu no supo bien qué fue lo que salió. En aquel entonces sólo había unos precursores en estos estudios: Cecil Jane, Marius André, José León Suárez y algún repetidor. Buenos comienzos, pero inseguros e incompletos. Creyó que habían salido de los libros de la Enciclopedia de Diderot, D'Alembert y compañía, y que sus ideas produjeron la revolución. Fundado en Cecil Jane repitió que los criollos se extrañaron de que los nuevos mandatarios no tuviesen el pensamiento de sus antecesores, que el cambio de mentalidad los sorprendió e hizo creer que iban a dejar de ser españoles y que para seguir siéndôlo se separaron de España. Es una tesis que tiene algo, però solo algo, de verdad. La verdad plena es que España se quedo sin rev por las renuncias de Carlos IV y su hijo Fernando y que América, igualmente sin rey, vacilo si debia aceptar al reveintruso Tose I Bonaparte el

hermano de Napoleón, o ser un protectorado inglés o reconocer como reina de América a la hermana de Fernando. la infanta Carlota Joaquina, que residía con su marido, el regente de Portugal, en Río de Janeiro. América terminó por jurar al rey legítimo y cautivo, Fernando, más tarde Séptimo, y se vio, sin pensarlo, envuelta en la guerra civil, no revolución, más grande del mundo, entre los juntistas o partidarios de las Juntas y los consejistas o partidarios del Consejo de Regencia que se instaló en Cádiz y pretendió gobernar sobre toda América. Cuando Fernando, en 1814, volvió al trono, la guerra civil terminó, pues no tenía más razón de ser, pero empezó otra guerra entre quienes querían un Congreso y una Constitución, bien fundados, por ejemplo, en la Asamblea de 1813, de Buenos Aires, que hizo suyas las ideas y reformas de las Cortes de Cádiz, de 1812, v los absolutistas que defendían a Fernando VII, el mayor antiliberal de la historia. La testarudez de Fernando que, por su absolutismo, perdió América, generó una guerra, ahora internacional, entre las Provincias Unidas de la América del Sud, declaradas independientes en Tucumán, en 1816, y la vieja España. Ésta fue la separación. Maeztu no conoció esta exposición nuestra porque aun no la habíamos concebido y sólo pensábamos en la conquista del Río de la Plata y del Paraguay. Como buen católico, dio una importancia excesiva a la expulsión de los jesuitas, en 1776, y llegó a escribir que si no se hubiese realizado no habría surgido, por lo menos entonces, el movimiento de la independencia. Soñar que si los jesuitas hubiesen seguido en sus conventos en 1808, 1809, 1810 y años sucesivos, Carlos IV no hubiese renunciado al trono en Bayona y no hubiera, por ello, sucedido todo lo que sucedió, es una ingenuidad o un cómodo desliz de un pensador eminente que, en realidad, no es un historiador de documentos y análisis desapasionados. No está bien probado, como supone Maeztu, que la expulsión de los jesuitas produjo en muchas familias criollas un horror a España. Tampoco está probado que el marqués de Pombal quería explotar, en sociedad con los ingleses, las misiones jesuíticas de la izquierda del río Uruguay. Francia dijo con orgullo a los criollos: "Ustedes no son hijos de la España; ustedes son hijos de la revolución francesa", y Maeztu lo creyó pero hoy podemos decir a este ilustre pensador, y quiera Dios que oiga

nuestras palabras, que esto fue una mentira, un error burdo, y que los criollos hijos de españoles eran y son hijos de España.

Lo indudable, y en esto está muy acertado Maeztu, es que la pérdida de la tradición española, por la guerra civil entre liberales y absolutistas, por la irrupción del afrance-samiento en España y la substitución del liberalismo por el absolutismo, produjo una profunda transformación en las conciencias de los españoles y de los americanos. No los dividieron las razas, problema que nunca existió en América como fuerza histórica, sino las ideas. Unos españoles y criollos eran absolutistas, y otros españoles y criollos eran liberales. En la Argentina combatieron abiertamente, durante más de medio siglo —y la lucha se reanuda periódicamente— partidarios de la libertad y partidarios de la antilibertad.

Maeztu tuvo la felicidad de comprobar que la leyenda negra de una América martirizada por los españoles, explotada y vilipendiada, no era aceptada por los historiadores serios y sólo era repetida por los semicultos o improvisados y los enemigos de España llenos de ignorancia. Maeztu se lamentaba de que los americanos se dividiesen entre entusiastas del comunismo ruso y entusiastas de los Estados Unidos. Es que unos querían y quieren entregar América a la esclavitud, que ellos, en su desvarío, creen un mundo de bellezas, y otros, que saben lo que significa ser comunistas, buscan a Estados Unidos como única salvación frente a la esclavitud que significaría caer en sus garras.

Maeztu no era partidario de las revoluciones. A su juicio, toda revolución era un continuo empeoramiento. "No hay en la historia universal —decía— un solo ejemplo que indique lo contrario." En efecto: la revolución francesa fue un archiempeoramiento; pero no lo fue la de Estados Unidos, si es que puede llamarse revolución a esa inmensa guerra civil. Y si no hubiera sido por la revolución de Franco en contra del comunismo que se iba apoderando de España y, con España, se habría apoderado del mundo, den dónde estaríamos ahora quienes podemos escribir con libertad? Y, en la Argentina, dadónde habríamos llegado, en nuestro embrutecimiento y en nuestro camino hacia el comunismo

y las extorsiones de los montoneros, si dos veces no se hubiera levantado el Ejército contra tanto desastre?

Maeztu lamentaba que los americanos tuviesen el culto de la revolución rusa, que suprimía todos los valores. o la adoración del rascacielos, que era el imperio económico a distancia. El centro donde hallar un sosiego era la hispanidad. Un hermoso ideal. También creía que la libertad no une, que lo que une es la comunidad. El humanismo español era esencialmente religioso y había penetrado tanto en las conciencias de los españoles que lo aceptaban hasta los menos religiosos. Pero las teorías de la libertad absoluta, del individualismo sin frenos, habían permitido que cada cual siguiese sus inclinaciones y los incapaces y degenerados habían surgido y se habían impuesto. Esto lo sabía muy bien Maeztu. También sabía que algún día, siempre antes de lo que imaginaba, esos productos, no de la libertad, sino del libertinaje, harían lo que sabemos: lo fusilaron.

IV

La moderna decadencia de España. El siglo XVI y la unión de la Iglesia y del Estado. La pérdida de la fe y la independencia de América. La obra de España en América. La patria como encarnación. Catolicismo e izquierdismo. La defensa del espíritu. El pecado original, el hombre malo y el perfeccionamiento del espíritu. El hombre bueno y el perfeccionamiento de las instituciones. La creación de un nuevo mundo y el incendio de los reformistas.

Ramiro de Maeztu creía en la igualdad de todos los hombres porque creía en la igualdad de todas las almas. También reconocía que la desigualdad es esencial en las vidas de los hombres y que no hay más rasero nivelador que el de la muerte. Los mismos comunistas comprendieron que debían llamar a los especialistas. Y llamaron y llaman a los de países que no tienen por cierto sus ideas. Hilario Belloc dijo muy bien que si no se aceptaba la propiedad debía aceptarse la esclavitud y que no había un tercer camino. Lo seguro, en el mundo, es que todos los hombres quieren ganar más y vivir mejor. El humanismo de España y el de otras naciones son muy diferentes. Maeztu recuerda la pena de muerte que en Inglaterra se aplicaba a cientos de delitos que en España sólo merecen unas

dias, tan llenas de sabiduría que hasta se crevó que no pasaban de la teoría, lo cual no es exacto. Ninguna otra legislación le es comparable. España había sido una nación de fundadores. España no trató nunca, salvo algún hereje aislado, de separar la Iglesia española de la universal. No tuvo, por tanto, un nacionalismo religioso. España se ocupó demasiado de otros pueblos y no de sí misma. Los españoles no se creveron superiores a los demás hombres. Lo que juzgaron superior fue su religión, su ideal. España difundió por el mundo el convencimiento de que para salvarse había que hacer buenas obras y no creer en la predestinación ni en la fe salvífica. Todos los hombres debían hacerse recíprocamente el bien, sin distinción de razas. Maeztu advirtió que en sus años —que fueron también nuestros años— los historiadores se dedicaban con preferencia al gran siglo xvi, el siglo de oro y el siglo de los descubrimientos. Fue allá por el mil novecientos treinta y tantos que floreció un verdadero entusiasmo por el estudio de la conquista de América. A fines del siglo anterior se había estudiado profundamente el descubrimiento hecho por Colón. Luego vinieron los trabajos monumentales del chileno José Toribio Medina sobre los primeros viajes descubridores. Por último aparecieron los pocos hombres que nos consagramos a las fundaciones de ciudades y al derecho indiano. Ricardo Levene echó piedras fundamentales. Furlong, Torre Revello, nosotros, creemos haber hecho algunas cosas que representan los primeros peldaños de una alta escalera. En Alemania y otros países, la lingüística y la filología tuvieron maestros que no se repiten. Maeztu recordó los estudios de Barcia Trelles sobre los padres Vitoria y Suárez. Todo ello significó una nueva comprensión del hispanismo y de la hispanidad. La pureza de sangre, sin mezcla de moros, judíos y herejes, no significaba una pureza racial, como la que exigían los nazistas delirantes, sino una pureza de la fe, de las ideas religiosas, que representaban la unión de un pueblo y de una nación. Los conversos o los conquistados al catolicismo no eran inferiores a los cristianos viejos. La unidad de la fe, conseguida con los Reyes Católicos, dio a España una fuerza y una grandeza como no tuvo jamás ninguna otra nación en la tierra. Cuando los españoles se dividieron en creventes y en ra-

semanas de cárcel. También recordaba las Leyes de In-

cionalistas, advierte Maeztu, comenzó la decadencia y, por último, la guerra civil más espantosa que haya sufrido nación alguna en Europa. No olvidamos que el propio Maeztu fue una de sus primeras víctimas. Los asesinos fueron los que manejaban los conceptos de libertad y de justicia con fines subversivos. La verdadera libertad es la que quita la libertad para el mal y deja la libertad para el bien. En este sentido todos los hombres son iguales. Sólo la práctica del bien hace hermanos a los hombres.

Es un principio católico de que nunca es tarde para convertirse ni para hacer el bien. Con hombres malos no se puede constituir ninguna sociedad que se proponga hacer el bien. Maeztu, como es lógico, no creía que la libertad surgiese del azar o de la fatalidad, y que la conciencia naciese de la inconsciencia de la naturaleza. No habló nunca Maeztu de las teorías del padre Teilhard de Chardin, puesto de moda entre señoras que no sabían y no saben una palabra de los problemas que él afrontó, y que afirmaba que la materia, las piedras, tenían conciencia y de la fuerza de la materia salía, por tanto, la conciencia del hombre. El pobre sabio jesuita que, según su confesión, sólo conoció mujeres a una edad que no era la de la juventud, dijo cosas que, en un momento, fueron reverenciadas, pero que la inmediata posteridad no reverencia tanto.

Maeztu afirmó que, en su tiempo, el mundo vivía bajo el régimen de la mentira. Ahí estaban esos pintores que se decían incomprendidos y no pasaban, como confirmó el sentido común de los años posteriores, de unos perfectos charlatanes. Ahí estaban los políticos que difundían calumnias, infamias, absurdos, para alcanzar una diputación o una cargo rentado. Las naciones se calumniaban recíprocamente y vivían en una perpetua guerra moral. En Estados Unidos, donde se difundía el ateísmo, el índice de criminalidad era el más alto del mundo. Maeztu no creía que todos los hombres son iguales. No hay hojas ni hombres iguales. La ley los considera iguales porque los protege del mismo modo. La única igualdad que los hombres tienen es la de convertirse y hacer el bien. En la misma Rusia el comunismo fracasó cuando quiso imponer una auténtica igualdad y se repuso cuando reaparecieron las desigualdades y la clase aristocrática fue substituida por una clase

burocrática, y pueblos trabajadores, con obreros e ingenieros.

La España católica del siglo de oro dio hombres que tenían libertad para hacer el bien. Por ello sobresalían, más que otros hombres en el mundo, en las artes, en las letras, en la teología, en las conquistas y descubrimientos terrestres. La Iglesia y el Estado estaban unidos en este esfuerzo sobrehumano, casi divino, de superarse y hermanar a todos los hombres por medio de una religión y de unas leyes.

Maeztu protestó, tristemente y con indignación a la vez, cuando comprobó que en España la revolución había llevado al poder a hombres que trataban de consolidar la democracia con favores y empleos. Había visto cómo se engañaba al pueblo "con promesas de imposible cumplimiento o con la calumnia sistemática de los antiguos gobernantes". Además, no había que dar el mismo trato a los amigos y a los enemigos. La fraternidad se había convertido en rencor insaciable y perpetuo "contra todas o casi todas las clases gobernantes del régimen antiguo".

Esto fue escrito por Maeztu hace muchos años. Nunca soñó Maeztu que en la tierra argentina, que él conoció tranquila y noble, llena de cultura y de amigos que lo admiraban, un día ocurriría exactamente lo mismo que en la pobre España v aparecerían hombres que se harían famosos por cumplir en favor de unos lo que hacía daño a los otros y que en las escuelas y en las universidades se enseñaría una historia que era una calumnia continua contra los hombres que habían hecho la grandeza del país. En esta Argentina que todos conocimos, humillada y ensuciada, se levantó a las figuras históricas que más daño hicieron a la patria, se hundió a las que le habían dado esplendor, se persiguió a los contrarios a la pareja gobernante y se favoreció a un mundo de malandrines y ladrones que terminaron en las cárceles. Es que la maldad conquista imitadores, que los métodos de la perversidad y del odio son aprendidos muy pronto por quienes son incapaces de aprender algo útil, y a menudo la historia de un país, sin repetirse, es la misma que en otro país porque sus ideas del mal o del bien son igualmente las mismas.

Los españoles del siglo xvi y aun de un siglo después tuvieron plena conciencia de la obra superhumana que ha-

bían realizado sus conquistadores y sus misioneros. Habían llevado la civilización a todo el mundo, habían hecho hermanos a todos los hombres. España hizo una unidad de raza y una unidad de espíritu. La América colonizada por España es un ejemplo. No hay otro caso en la historia de la humanidad. Maeztu tuvo el mérito de comprender y explicar estas cosas. Sus páginas hicieron mucho bien a los historiadores y a los sociólogos. Quienes las ignoran y también desconocen las fuentes en que él se inspiró, puede decirse que desconocen la verdadera esencia de la historia humana.

Con el tiempo, cuando se agudice la indiferencia religiosa y los estudios históricos vayan olvidando lo que la historia de la conquista debe a los misioneros, a esa unión, única en la historia del mundo, de la Iglesia y del Estado, que creó un espíritu como no tuvo ningún otro país de la tierra, habremos dado un paso muy hacia atrás en la filosofía de nuestra historia hispanoamericana y en la comprensión exacta de su desarrollo. La historia de América no es sólo la de sus descubrimientos, de las fundaciones de sus ciudades, de sus guerras civiles y de sus proclamaciones de independencia o aprobaciones de constituciones. Nuestra historia es un pensamiento, es una voluntad, un ideal que, para apreciarlo, es necesario ir muy hondo en nuestro pasado y en las fuerzas espirituales que crearon ese pasado. Este intento de valorar nuestra historia hispanoamericana lo empezó a exponer Maeztu en sus artículos y en sus libros. Muchos hombres de inteligencia los leyeron en América y despertaron vocaciones; pero no todos sus lectores se transformaron en historiadores y escribieron libros que instruyesen nuevas generaciones. Se contentaron con darle la razón, con admirarlo, y envejecieron y murieron, y así los hombres de nuevas generaciones, arrastrados, en sus juventudes, por el maldito comunismo o una política engañadora y nefasta, para imbéciles o malvados, olvidaron esas enseñanzas y nos encontramos otra vez como al principio, con cementerios de cultura y con semillas perdidas que es preciso regar para que se conviertan en árboles, en plantas v en flores.

Los historiadores hispanoamericanos y, en particular, de la Argentina, no han dado al Concilio de Trento, del siglo xvi, la importancia que tuvo para la historia del mundo y, en general, de nuestra América. Fuimos los primeros en tocar este punto en la historia argentina. Mucho antes. como es natural, hablaron del concilio incontables historiadores. También escribieron la vida del jesuita Diego Lainez muchos hombres eminentes, con documentación admirable. Maeztu comprendió la trascendencia de ese concilio y de lo que en él propuso, y obtuvo, Diego Laínez. Recordó algo que siempre conviene repetir. El 26 de octubre de 1546, Laínez pronunció en el concilio su discurso de la justificación. Era un discurso para refutar a fray Jerónimo Seripando. Este ilustre prelado sostenía que para ser absueltos ante el tribunal de Dios, además de nuestros méritos, debíamos contar con los de la pasión y muerte de Cristo. Lutero había dicho que los hombres se salvaban por la fe. Estaba en oposición a lo que había sostenido Santiago el Menor, en su Epístola: "¿No veis cómo por las obras es justificado el hombre y no por la fe solamente?" Lainez logró que el concilio declarase la libertad del hombre v su salvación por las obras. Su doctrina fue aceptada por todos los teólogos del concilio y su discurso, que ningún editor se preocupa de difundir, fue el único, el único, repite Maeztu, que se reprodujo en las actas del concilio. Los incendios de iglesias, en España, del 11 de mayo de 1931, destruveron los huesos de Diego Laínez. Los católicos dejaron de creer únicamente en la fe v en la fatalidad. Creveron en la libertad para hacer el bien, el bien que salva. Por ello el mundo se llenó de misioneros españoles que llevaron el espíritu, la bondad, a todos los hombres. v no hubo, en los siglos xvi y xvii, un solo misionero no católico, protestante o calvinista.

Maeztu no creía en el pensamiento de Rousseau. no por su irreligiosidad, sino por lo equivocado de sus principios. La afirmación de que el hombre salvaje es superior al civilizado podía exponerse en el siglo XVI, para asombro de damas empolvadas y caballeros semicultos, pero no en nuestros días en que la risa que esta afirmación causaba a Voltaire se transformaría, simplemente, en una mueca de desprecio. Pensemos si los salvajes nos enviaran misioneros para hacernos salvajes. Todavía hoy, los misioneros, en China y otras partes del mundo, evitan crímenes rituales y muertes de miles de niñas que sus padres, para que no aumenten tanto los habitantes, están dispuestos a aban-

donar o matar. El mundo está hoy entre la cruz, decía Maeztu, que aconseja a los hombres ser cada vez mejores, y la hoz y el martillo, que nos asegura que somos animales, que debemos comer, reproducirnos y morir.

En el pueblo español hay hechos que extrañaban a Maeztu. Los emigrantes pobres, campesinos, triunfaban v se enriquecían en América en mayor número y con mayor facilidad que los emigrantes de las ciudades y con una cultura superior. Cuando España no tenía un ministerio de instrucción pública y un elevado presupuesto para sostenerla, había más genios en las artes, en las letras, en las armas y en la navegación, que cuando empezó a tenerlos. Cuando España estuvo quince años, a comienzos del siglo xvIII, por la guerra de sucesión, invadida por tropas extranjeras, nadie, en América, pensó en revoluciones ni en independencias. Cuando España perdió su fe, se produjo la separación y la independencia de los pueblos americanos. Maeztu suponía que esto se debía a la pérdida de la fe, al auge de las ideas enciclopedistas. Hemos expuesto, en otras páginas, nuestra interpretación, no religiosa, sino política.

Maeztu quiso explicarse y explicar el carácter español, no en sus hombres, sino en su historia, que es el conjunto de lo que hacen y piensan todos los hombres. Creía que la extranjerización del pueblo español había sido su ruina, que las ideas no católicas lo habían disminuido y que la pérdida de América se debía a esas ideas. Respecto a América ya hemos dicho que hay que estudiarla con otros elementos. En cuanto a España, los esfuerzos de Maeztu son muchos y grandes, llenos de aciertos y también de puntos dudosos. Pensaba en la muerte, como si presintiese que le llegaría tan pronto, y combatía, a cada instante, el protestantismo que se escudaba en la fe salvadora y negaba, por tanto, el poder de la razón. Si se perdía la sustancia de las buenas obras, las únicas que salvan, no quedaba más que una procesión de sombras. Había que decir, como Omar Kayyam, "bebamos, que mañana moriremos". Una nueva y perniciosa literatura trataba de librar a sus lectores de los remordimientos. La revolución francesa tuvo que restablecer la monarquía a los veinte años. No es posible pensar que la revolución de 1789 hizo la cultura francesa y que ella no fue obra de los talentos de Francia, anteriores y posteriores a esa revolución que cortó la cabeza a tantos hombres de ciencia. La codirección de los alumnos en las universidades fue otro motivo de atraso en los estudios superiores. Maeztu, con justicia, la condenaba. En nuestra práctica en cinco universidades libres de la Argentina hemos visto cómo estuvieron a punto de derrumbarse cuando los estudiantes quisieron, y a veces lograron, tomar el gobierno de los claustros. Su ignorancia y su audacia eran un desastre irreparable.

Las páginas que Maeztu escribió en los años que siguieron a la primera guerra mundial, en torno al 1930, respiran el pesimismo de la crisis que entonces asoló al mundo. Crisis múltiple y en apariencia inexplicable que empezó por dejar sin trabajo a millones de hombres en Europa v en América. Fue una crisis económica, pero nosotros, que la vivimos, la creemos psicológica. Todos tenían miedo de comprar y nadie, por tanto, vendía. Los déficit se combatían rebajando los sueldos. Hoy se combaten aumentando los gastos. Los economistas o gobernantes de hoy, que hacen estas locuras, entonces habrían sido enviados al manicomio. Hoy se los nombra ministros. Maeztu reconocía que los políticos siempre han contribuido a aumentar los gastos. Los políticos a menudo son ignorantes o energúmenos. Maeztu no les tenía simpatía. Nosotros los conocemos bien, especialmente a los de nuestra patria. hay quienes nos protejan contra el Estado que debe protegernos", decía Maeztu. En efecto, el Estado a menudo es el mayor enemigo que tiene el ciudadano. Lo agobia con impuestos, crea una burocracia que en vez de servir al contribuvente lo esclaviza, etcétera,

Hay pasados que vuelven y pasados que no pueden ni deben volver. Los que vuelven tienen siempre un valor. Así pensaba Maeztu, pero ¿qué es lo que vuelve? ¿Cuándo hemos visto volver un pasado? Hay épocas de abundancia y épocas de miseria, tanto material, económica, como espiritual, intelectual. ¿Se trata de retornos o se trata de ciclos? Maeztu se hacía la ilusión de creer que el destino de España era atraer a las razas más distintas y moldearlas en el crisol de nuestro espíritu universalista. Era en la historia, a su juicio, donde había que encontrar las normas adecuadas para efectuarlo. Bella ilusión que no sabemos si podrá lograrse. Podemos imaginar que ya lo logró América, con sus mezclas de razas y el espíritu hispánico

que, indudablemente, infunde a todos los pueblos que emigran a su suelo. Porque la verdad es que nuestra América enseña, ante todo, a hablar en español y, también, a pensar en español. Hemos hecho y estamos haciendo una obra hispanista que supera a todo lo que hoy mismo pueda hacer España. Cierto es que, en algunos países americanos. todavía hay ignorantes o fanáticos que no entienden ni entenderán nunca la historia de España y, en general, la historia de América, y repiten y repetirán contra España las mayores calumnias, mentiras y bestialidades que se pueda soñar, con una erudición falsa y atrasada y una incomprensión de odios remotos; pero también es verdad que, junto a ellos, hay un mundo de historiadores bien informados, que han profundizado en la historia crítica y documental v saben cuál es la verdad. Maeztu estaba satisfecho de los nuevos nombres que empezaban a surgir. No conoció a los que hoy honran las letras históricas hispanoamericanas. La justicia que él veía llegar llegó. La misma inquisición de los tiempos de los Reyes Católicos fue justificada por extranjeros como una medida salvadora de España y de los judíos, que ya no fueron masacrados por las turbas. España dio direcciones nuevas al pensamiento universal con sus grandes teólogos que discutieron y probaron la igualdad de todos los hombres, su libertad de seres humanos y, por tanto, echaron las bases de la verdad histórica y del derecho internacional. Estos teólogos eran juristas y, además, historiadores. En la historia fundaban sus asertos, y en el conocimiento de los escritores antiguos, su sabiduría. Maeztu recuerda que Montaigne se hizo célebre por citar dos mil textos clásicos. Solórzano Pereyra, en su Politica indiana, citó veinte mil.

Inútil es recordar todo lo que América debe a España y que Maeztu, en su profunda inquisición de la hispanidad, puso de relieve. Cientos de historiadores lo han dicho y sólo lo ignoran los que quieren ignorarlo. Nosotros hemos demostrado cómo el fin de la reina Isabel, "nuestra principal intención", al hacer posible el proyecto de Colón, de unir las tierras de España a las de la India, fue el de conquistar el mundo y extender sobre él "nuestra santa fe católica". Los historiadores no españoles no han querido reconocer a España esta gloria y esta misión. También hemos demostrado que Colón explicó muy bien a los Reyes Católicos que su propósito era el de llegar a la India

y que esta India, la cuarta India de los antiguos, era el continente que hoy llamamos América. Durante siglos se ha entendido que nuestra América fue un continente desconocido, inesperado, que apareció entre la India del Ganges y Europa cuando Colón hizo su primer viaje. Los Reves Católicos sabían lo que les explicó Colón y lo que nosotros hemos demostrado: que América no era un continente nuevo, inesperado, una barrera en medio del mar, sino una tierra que ellos veían en los mapas de la antigüedad v de la Edad Media que les mostraba Colón y que hoy podemos volver a ver. La conquista de la Tierra por España. que nosotros hemos probado, fue, por tanto, la empresa más grandiosa que los hombres havan soñado en toda su historia. No pudimos comunicar a Maeztu estos hechos porque, cuando él vivía, nosotros aún no habíamos hecho estos descubrimientos. Hoy los agregamos a su valoración de la obra de España en América.

En historia hay conceptos muertos que no vuelven a revivir y otros que resucitan. Entre estos últimos están los que hablan de la santidad de los misjoneros, lo cual es cierto, y de la maldad de los encomenderos, lo cual es mentira. Maeztu no creyó en esta maldad. Nosotros estudiamos la labor civilizadora de los encomenderos en un libro sobre el visitador Francisco de Alfaro y la condición social de los indios. Demostramos que a ellos se debe, a veces más que a las misiones, la civilización de los indígenas. Aclaremos que civilización es la cultura material, y cultura es la espiritual. Al misionero correspondía, principalmente, la espiritual, y al encomendero, la material. El encomendero hacía hombres de costumbres occidentales a indios que tenían culturas y civilizaciones primitivas, que lindaban con lo inhumano. Digamos, también, que el descrédito de los encomenderos lo crearon los misioneros, empeñados en quitarles la administración de los indios. De esa lucha de misioneros y encomenderos, por parte de los primeros, surgió la fantástica levenda negra americana que tanto daño hizo a España y a la historia de América.

Una observación feliz de Maeztu es la de que en el inmenso imperio hispanoamericano del Nuevo Mundo, superior, en grandeza, al viejo imperio romano, no había legiones que lo defendiesen. Los cuerpos militares españoles en América no existían o eran insignificantes, en algún puerto, por si aparecía algún corsario o pirata. El inmenso

imperio se defendía solo, con la ayuda, familiar y pueblerina, de los encomenderos. Los enemigos de España no eran los indios, considerados tan españoles como los mismos españoles, sino los moros, los judíos y los extranjeros que asaltaban los navíos e intentaban apoderarse de sus tierras. Las diferencias que los católicos españoles tenían con los judíos y los musulmanes eran enormes. Los judíos son un pueblo exclusivista, y el católico español era universalista, consideraba a todos los hombres como hermanos. El musulmán era fatalista, y el católico creía en la libertad del hombre, en sus propias decisiones. No hablamos de los puritanos y protestantes anglosajones que, en la América del Norte, no se mezclaban con los indígenas, y de los españoles, en cambio, que se unían a las mujeres indias v negras v eliminaban un problema que hov inquieta varias partes del mundo.

Maeztu tenía mucha fe en la rehabilitación de los valores hispánicos por medio de la investigación histórica. Su tiempo coincidió, en América, con una edad de oro en los estudios históricos. Ese entusiasmo por la historia, que tuvo, por ejemplo, en la Argentina, el estímulo del cuarto centenario de las primeras fundaciones de Buenos Aires y de la Asunción del Paraguay, cuarenta años después ha decaído en muchos aspectos. Salvo un pequeño grupo de hombres, que mantenemos vivo el fuego sagrado de la evocación histórica, el conocimiento del pasado ha sido substituido, en parte, por el cultivo de las relaciones públicas, de la administración de empresas y por las actividades políticas, tanto izquierdistas como derechistas. Maeztu observó, en su tiempo, que las democracias querían ser niveladoras en lo económico y, como consecuencia, en lo espiritual. En la Argentina, que él tanto conoció y amó, hubo un período político en que un partido dominante tuvo el don de inferiorizar todo lo que tocó, y los estudios históricos, como las ciencias y artes en general, disminuyeron pavorosamente en su calidad. Maeztu reconocía que en los pueblos de la hispanidad nada había habido más funesto que el concepto del Estado "como un derecho a recaudar contribuciones y a repartir destinos". Por ello, América se había dividido en unas veinte naciones, con veinte presidente, en vez de uno. y un número enorme de ministros, diputados, senadores, funcionarios, etcétera. Las democracias, decía Maeztu, nacen del ansia de dar a todo el mundo empleos públicos. Estos Estados absorbentes conducían, de este modo, a la miseria general. Por un lado, impuesto, y con el producto de los impuestos, empleos públicos. Estados explotadores y no rectores. Es natural que los políticos luchen para arrebatarse el botín del Estado. El Estado es el pagador de electores y el proveedor de empleos.

Es indudable, como dijo el francés Maurrás, que "la patria es lo que une, por encima de todo lo que divide". El ser debía estar por encima de la justicia y la injusticia. Por ello había que defender la patria sin reflexionar. La patria es un ser. El ser está antes que los valores. Maeztu explica que esta concepción lleva al evolucionismo que admite la existencia de hombres anteriores a toda cultura. La patria comienza cuando tiene un espíritu. El patriotismo ama la tierra, la raza, los valores culturales. Unos pueblos quieren más el territorio; otros, la raza, y otros, más cultivados, los valores culturales. Maeztu veía el origen de Francia en la conversión de Clodoveo al cristianismo, y el de España, en la conversión de Recaredo, en el año 586. La hispanidad empieza el 12 de octubre de 1492. La patria tiene valores visibles, como las ciudades, los monumentos, las obras de arte, valores invisibles, como el idioma, la música, la literatura, las tradiciones, y valores en parte visibles y en parte invisibles, como las costumbres y los gustos. Las almas se unen en Dios y en la patria. No hav almas ni conciencias colectivas —decía Maeztu—, hay valores colectivos, cuya conservación interesa a los pueblos. Nadie reza a la patria, pero sí por ella. La patria se hace con tierra y con gente, y, principalmente, con espíritu. La patria es una encarnación. Su valor es anterior al ser. El ser de una patria —decía Maeztu— se funda en el bien. Las acciones valiosas engrandecen la patria, no los egoísmos nacionales. La patria se funda en el espíritu. Cuando la patria es injusta, sus habitantes le pierden el respeto y pueden huir de ella, como huye el hijo de un padre que quiere enseñarle a robar o matar. Francisco de Vitoria enseñaba que si una guerra es injusta, no hay que obedecer al rey, "porque conviene más obedecer a Dios que al rey".

Maeztu observó que cuanto más intensa es la cultura, más desarrollado está el espíritu nacional. La patria, para ser inmortal, debe ser justa y buena. Las leyes injustas son iniquidades. España creó, según Maeztu, tres de los grandes mitos literarios del mundo moderno: Don Quijote, don Juan y la Celestina. Los otros dos son Hamlet y Fausto. Alguien propuso uno más: Raskolnikof, de Crimen y castigo, de Dostoiewski. Don Quijote, dice Maeztu, es el amor; don Juan, el poder; la Celestina, el saber. En la Argentina, observó, don Quijote se rehizo dos veces: en Martín Fierro y en don Segundo Sombra. Y eso que la Argentina es el país más afrancesado de América. Para crear sus tipos máximos tuvo que acudir a la tradición española.

España, en el siglo XVI, fue un pueblo de soldados, misioneros y juristas. Maeztu hace notar que España cometió el error, gravísimo, en el siglo XVIII, de olvidarse de sus conquistadores, de sus teólogos y de sus juristas. Nadie habló de las Leyes de Indias, ni del padre Vitoria, ni de otros grandes teólogos-juristas. España cambió de dinastía y se afrancesó. Al sentido de la justicia se le sobrepuso la soberanía popular, la que enseña que la mayoría tiene razón sólo porque es mayoría. Montesquieu, en 1748, cuando publicó El espíritu de las leyes, dividió el poder legislativo del poder judicial. Con ello dio al soberano, lo mismo un autócrata que un pueblo ignorante, el poder de legislar sin tener en cuenta a la jurisprudencia. Así han salido ciertas leyes, como la que inmovilizó los alquileres, en estos últimos tiempos.

España tuvo en los siglos XVI y XVII los pensadores teológicos más grandes del mundo. Su obra en América no halla parangón en la historia humana. Los americanos que creen que su historia empieza en el 1810 no saben historia. La historia de América empieza con su prehistoria, con esos mapas que la muestran bien dibujada en los primeros siglos del cristianismo, con su protohistoria enigmática y con la conquista. América tiene tres siglos de formación española. Ahí están su arte, sus catedrales, sus ciudades, sus imprentas, su idioma, su religión, sus ideas, que han formado a los hombres que un día, al saberse sin rey, sin autoridad, buscaron en los teólogos - empezando por Santo Tomás— la salvación de su destino en su propio autogobierno. España predicó la hermandad y la libertad de conciencia de todos los hombres. Echó las bases, e hizo el imperio más extraordinario del mundo. España elevó al indio a su propia altura. "Por eso -dice Maeztu- estamos ciertos de que no ha habido en el mundo un propósito

tan generoso como el que animó a la hispanidad." La pérdida de la idea nacional fue lo que arruinó a España. Maeztu veía esta idea nacional en el catolicismo que había animado la historia de España. Su país había sido hundido por la democracia izquierdista. Las democracias ofrecían a los electores, a expensas del erario, ventajas particulares. El progreso es un deber. Creer en un progreso fatal es un absurdo. El tiempo no puede mejorarnos. A lo sumo puede devorarnos, como Saturno, su imagen, que se comía a sus hijos. "Para los españoles —concluía Maeztu— no hay más camino que el de la antigua monarquía católica, instituida para servicio de Dios y del prójimo." Los pueblos de América debían resolver por sí mismos su destino. Oscilaban entre las extremas izquierdas y las extremas derechas. Habían asimilado a todos los pueblos de la tierra, menos a los judíos, que no se dejaban absorber por ningún pueblo. El porvenir perdido estaba en el pasado: la España que hermanaba a todos los hombres, ofrecía el cielo a todos los descendientes de Adán capaces de hacer obras buenas. Los judíos se consideraban el pueblo elegido; los protestantes, el pueblo predestinado. La hispanidad quería hacer del género humano una inmensa familia. Era el ideal y la esperanza de Maeztu.

En su Defensa del espíritu, Maeztu expuso su convencimiento de que las sociedades actuales se habían atascado y habían caído en un tembladeral. Sólo una ofensiva cristiana podía salvarlas. El liberalismo, a su juicio, estaba en plena decadencia. Pero el liberalismo dejaba vivir a la Iglesia, mientras que el marxismo la persigue. El mundo empezaba una gran pelea por el reino del espíritu. En Rusia se quería acabar con el alma intelectual y substituirla por un tipo de hombre colectivo que no hiciese otra cosa que trabajar, comer, reproducirse y morir.

Las crisis del espíritu habían transformado a algunas naciones. Inglaterra era un ejemplo. Aquella Inglaterra que había encarcelado a Oscar Wilde daba rienda suelta a todas las perversiones, sin límites y sin rubor. El pueblo estaba recargado de impuestos. Las organizaciones obreras constituían la mayor desgracia, siempre en huelga y con la obligación, todos los habitantes, de mantener a los huelguistas y sus familias. Aquel pueblo que marcaba, en el siglo xvii, a las adúlteras con una letra roja, era el que tenía menos natalidad en Europa, más divorcios, más crímenes

y menos gente con una religión. Una absoluta libertad había hecho triunfar todos los egoísmos y todos los vicios. La creencia de que el trabajo es la fuente de la riqueza, como decía Adam Smith, llevó a adorar a las multitudes obreras, y esas multitudes no dieron más que desastres cuando no las dirigieron los cerebros. Maeztu pone el ejemplo del elefante, poderoso, pero que sólo es útil cuando lo dirige alguien montado sobre su cabeza o su espalda.

Maeztu daba una justa importancia al espíritu. El siglo XIX había considerado a los hombres como brazos, y el XX, como estómagos. Tenía la esperanza de que el venidero los viese como almas. Entretanto, vivíamos en plena crisis y entre tinieblas. Cuando los españoles estuvieron unidos en la fe, fue la grandeza de España. Aquello pasó y vino la decadencia. La creencia en el espíritu coincidió con el poderío de España. La pérdida del espíritu llevó a los suicidios de Larra y Ganivet, como ejemplos.

La historia era una eterna enseñanza. Maeztu hace notar que Cristo tenía una educación esencialmente histórica, pues fundaba sus palabras en el Antiguo Testamento, que es el libro de la historia de los judíos. El Renacimiento había querido restaurar la antigüedad; el Sacro Romano Imperio, el imperio de Roma; el imperio ruso, el de Bizancio; el Japón, el de su pasado. "En cambio -decía Maeztu— cuando la innovación se intenta en nombre de principios no ensayados y de un desconocido porvenir, del que se supone sin fundamento que ha de mejorar el pasado, lo único que se logra es el desorden y la ruina." Maeztu recordó que Goethe había dicho que todas las épocas creadoras de la historia habían sido épocas de fe. Las edades disolventes y destructoras se habían distinguido por su escepticismo. La fe de las revoluciones es negativa. Cuando la fe en el espíritu es firme, los pueblos realizan sus máximas proezas. Tan convencido estaba Maeztu de esta afirmación que citó a los musulmanes, los cuales atestiguan que fue Alá quien los hizo grandes. Otra cita de Maeztu es la de Marco Aurelio, quien dice que Zeus, es decir, Dios, ha dado a los hombres una parte de sí mismo, o sea, de su divinidad, "el entendimiento y la razón". Es lo que los cristianos han llamado gracia, la inteligencia, para distinguir entre el bien y el mal, para salvarse o perderse. Por todo ello se puede decir que el espíritu, en realidad, el hombre, es el creador de la historia. Las raíces

del espíritu están en la eternidad. La perfección de nuestro ser sólo puede aumentarse con el saber. Por ello todo se espiritualiza, concluye Maeztu, en la medida que lo conocemos.

No hay historia sin espíritu. Su triunfo o su fracaso depende de los hombres que lo sustentan. Toda nación tiene un espíritu objetivo que lo mismo puede ser unitivo, como el de la España del siglo xvi, que disolvente, como el que fue avanzando desde el 1898. Este espíritu, que habla de una mayoría de edad del género humano, no pasa de una concepción materialista del mundo y una moral sin ideas, sólo utilitaria.

Fue Hegel quien descubrió el espíritu objetivo, creador de la historia. La historia no tiene un progreso que la lleva a una conciencia cada vez más grande de la libertad. La historia, piensa Maeztu, es una eterna formación y reformación de formas orgánicas. No cree en la existencia de un espíritu inconsciente objetivo en cada nación que guía al espíritu consciente. Un espíritu inconsciente no puede servir de guía a un espíritu consciente. Un espíritu inconsciente no puede hacernos crear conscientemente el derecho, la moral, el lenguaje, la ciencia, las costumbres y el estilo. Maeztu combate, así, a los filósofos alemanes que han sostenido la existencia de un espíritu inconsciente objetivo en las naciones.

Los pueblos no envejecen, como han querido algunos filósofos; se renuevan con las generaciones. Maeztu dice una verdad que mucha gente no advierte. No puede hablarse, tampoco, de pueblos jóvenes. Todos tienen la misma edad. Lo que ocurre es que unos han acumulado más conocimientos, y otros menos. Los pueblos tienen sus ideas y a veces las cambian. Esto hace que sean llamados viejos, jóvenes o decadentes. Hay hombres cultos y hombres incultos, y, con frecuencia, generaciones cultas y generaciones incultas. ¿Cuánta gente sabía leer en tiempos de Homero? ¿Cuánta gente sabía escribir entre los que escuchaban, en una plaza de Florencia, a Boccaccio comentar la Divina Comedia? Y, sin embargo, entre esas gentes incultas estaban los creadores más cultos de la humanidad.

Todos los hombres son descendientes de Adán. Esta verdad se une a otra: el hombre es uno; las culturas, muchas. La supremacía del espíritu es algo incuestionable.

Las páginas que Maeztu dedicó al análisis del espíritu son muchas y profundas. "El alma espiritual del hombre -diio- se alza sobre la naturaleza entera, sobre el mundo, sobre cualquier objeto." Es por ello que España consideró a los pobres indios de América seres tan humanos y espirituales como los hombres de la península, sin más diferencia que una cultura inferior que no era imposible superar, elevar. Maeztu sentía una gran admiración por el padre Francisco de Vitoria, el teólogo vasco, profesor en Salamanca, que enseñaba la igualdad de todos los hombres y todos los pueblos, por lo cual es considerado el fundador del derecho internacional. Sus ideas eran las mismas de Carlos V. Más aun: en algunas oportunidades es Carlos V quien expone ciertos principios, en Leves de Indias, que luego Vitoria convierte en estudios y sentencias teológicas. El gran maestro de todos ellos había sido Santo Tomás, el teólogo máximo de la Iglesia católica. Hegel fue, según Maeztu, entre los filósofos alemanes, quien más defendió la fe sin límites en nuestro espíritu y en nuestro pensamiento. La fe ciega de los alemanes en el espíritu dio origen a un mundo de teorías. Cada cual creyó en una interpretación distinta, hasta que Hartmann y Heidegger empezaron a mostrar una prudente cautela. En Rusia, en cambio, los intelectuales se sintieron conmovidos por el dolor del hombre. Encontraron la verdad en el pueblo y el socialismo se convirtió en una religión. Eliminaron a Dios y se presentaron como redentores. Los modernos comunistas en vez de adorar a Dios adoran a sus planes quinquenales. Y no faltaron los poseídos o endemoniados, como los llamó Dostojewski. Maeztu murió sin saber que esos endemoniados renacerían en la Argentina que él conoció tan conservadora y ordenada, traídos por una política que buscaba la destrucción inspirada, precisamente, en ese amor fanático del pueblo y el odio a los ricos.

El caso de España fue visto con gran claridad por Maeztu. En España no había habido ningún movimiento parecido al enciclopedismo, ni a la filosofía alemana, ni a las herejías protestantes de Inglaterra y los Estados Unidos, ni al nihilismo ruso. La herejía española no había surgido del pueblo, "porque del pueblo no puede surgir nada, sino de lo que hay de popular en cada uno de nosotros". Los españoles habían abandonado su fe y no habían colocado nada en su lugar. En vez de ideas habían

surgido pasiones o ideas perversas: "la ambición y la envidia, la codicia y el resentimiento". Un periodista llegó un día a Oviedo y empezó a llamar "a los burgueses ladrones y asesinos, y a los curas, vendidos a los ricos, y, sin necesidad de mejores argumentos, a las pocas semanas levanta en armas a todo un pueblo. Lo mismo ha ocurrido en México —continúa Maeztu—, pero en mayor escala. Y lo que se hizo en Asturias y en México podrá hacerse en cualquier provincia de España o país de América, en donde aparezca un energúmeno y lo toleren los gobiernos".

Estas palabras de Maeztu, escritas en Acción española, en enero de 1936, fueron proféticas. Todo lo que él pensó que podía ocurrir, sucedió, en efecto, en España y en América. En nuestra Argentina tuvimos una experiencia que

no olvidaremos en mucho tiempo.

Es indudable que España se dejó caer, como se dejó caer la Argentina cuando la dominaron turbas inconscientes, cargadas de odios. No fue una incredulidad producida por grandes herejes. Fue una entrega al egoismo que hay en todos los hombres. Maeztu explica, al estudiar las decisiones, cómo los pueblos, a veces, tienen que decidir entre la dictadura y la anarquía. La salvación es la perduración en la civilización cristiana. El cristianismo enseña que el primer hombre cometió un pecado y por ello se corrompió la naturaleza humana. El bien, sin embargo, es siempre posible. El socialismo niega que el hombre esté corrompido, lo cree por naturaleza sano y considera enfermas las instituciones y la sociedad. Por ello hay que reformarlas. Es la destrucción de todo lo existente para crear otro mundo que nadie sabe cómo se creará y qué resultados dará. No debemos olvidar que el cuerpo del hombre viene del barro, de la nada, pero que su espíritu le fue insuflado por Dios. Esto es lo que debe sostenernos y no dejarnos arrastrar al primitivismo o al salvajismo. La libertad de nuestra voluntad es lo que puede elevarnos y nos distingue de las bestias. Los grandes humanistas españoles estudiaron al hombre y a su espíritu, mientras los humanistas de otros países, como los italianos, estudiaron la naturaleza. El espíritu es la fuerza más poderosa. Las crisis del espíritu son siempre fatales. Los hombres de espíritu son los que mueven las multitudes. El gran dictador Oliveira Salazar, tan incomprendido en su tiempo y en el nuestro, explicó muy

bien la crisis de sus años definiéndola como "una crisis del pensamiento económico".

Fue Maeztu quien mejor comprendió, entre los economistas hispanoamericanos, el pensamiento de Max Weber expuesto en su libro, publicado en 1905, La ética protestante y el espíritu del capitalismo. El capitalismo, en síntesis, no es creado por causas económicas, sino por la religión. Los católicos y los judíos son, en general, más pobres que los protestantes. Estos consideran el trabajo como un sacramento, tiene para ellos un valor religioso. Los católicos, en cambio, no le dan este valor; predican la pobreza, hacen voto de pobreza, afirman que los ricos no entrarán en el cielo, reverencian la vida ascética, los sacrificios. Según Calvino, la gracia y la salvación se manifestaban en el trabajo de cada cual. No tenían místicos embelesados en la contemplación divina. Los españoles creían deshonrarse en el trabajo. Velázquez tuvo que hallar testigos que asegurasen que no trabajaba en la pintura para poder ingresar en la Orden de Santiago.

Maeztu recuerda que las aseveraciones de Max Weber fueron criticadas por H. M. Robertson, el cual demostró, en El auge del individualismo, que el espíritu capitalista es anterior al protestantismo. La Iglesia católica, en algunas oportunidades, contribuyó al enriquecimiento de los pueblos; pero ello no disminuye las observaciones de Weber. La religiosidad ha sido, durante siglos, una disciplina que impidió la disipación de la riqueza. En los pueblos hispanoamericanos se elogia y prefiere a los políticos pobres. Los anglosajones prefieren a los políticos ricos, que saben administrar las rentas. Ellos, más que los pobres, han de conseguir una mayor suma de poder.

El problema del poder es el que angustia a la historia. "El poder —decía Maeztu— es la capacidad de utilizar la energía para un fin superior. Y esta capacidad de dedicar la energía a fines superiores es propia del espíritu." La civilización cristiana es la que más ha hecho para difundir el poder, el saber y el amor por toda la tierra. La norma eterna del espíritu, sentencia Maeztu, es la difusión del poder y del saber por el espíritu.

Maeztu no creía en la democracia. "Ningún pueblo se ha gobernado nunca a sí mismo. Ninguna economía algo compleja ha sido dirigida popularmente. Ningún pueblo ha sabido legislarse a sí mismo. La solución de los problemas de cada pueblo no está al alcance sino de los más inteligentes." Tampoco creía Maeztu en La decadencia de Occidente, de Osvaldo Spengler. Unos pueblos están en lo que se llama decadencia, y otros, en auge. "Y así estamos ahora ante una marea o ante un incendio, o ante un terremoto que lo mismo amenaza a los partidarios de la libertad que a los mantenedores del espíritu." Era España en manos de los rojos. Hemos dicho, en otras páginas, que Maeztu presintió su fin. Tuvo de él una certeza absoluta. Y la marea, el incendio, el terremoto, llegaron y muy pronto, antes de lo que él suponía, los rojos que cerraban las academias, que quemaban las iglesias, que ignoraban qué es el espíritu, lo fusilaron.